

CAPÍTULO XX

Un banquete

I

MABÍAN pasado algunas semanas desde la entrada de los franceses en Tarragona.

D. Facundo de la Alcantarilla, el ignorado artíficiero de las bóvedas del Circo, parecía hacer muy buenas migas con los invasores, al igual que el boticario de la calle Mayor, en cuya trastienda había una constante tertulia de oficiales.

Todos los patriotas habían cesado de cruzar el más ligero saludo ni la mirada con aquellos miserables *caragirats* (afrancesados). Verdad es que no sabían las proezas de D. Facundo, porque éste había tenido á bien callarse como un muerto, y que no sabían tampoco que los granaderos habían ensartado en sus bayonetas á dos hijos del boticario, que no por serlos naturales dejaba de querer él con toda el alma de un padre. El vió todo el horror de aquella inaudita escena. Vió á sus hijos, clavados en la punta del arma, retorcerse en lo alto de los fusiles, saliéndoles el acero por el pecho, arrojando sangre por todas partes, destripados, agujereados, despachurrados. El uno tenía próximamente dos años y el otro seis meses.

¿Por qué, en vez de lanzarse contra los asesinos trabuco en mano, había el discípulo de Dioscórides callado y recogídose á su casa luego de haber bebido con silencioso llanto los desgarrados restos de las criaturitas?

¿Por qué desde el siguiente día no había ocultado su adhesión á la causa napoleónica, brindando hospitalidad á cuantos se habían distinguido por su mayor barbarie y convirtiendo su tienda en sucursal del gobierno militar?

Y, si esto le hizo perder casi toda su parroquia, ¿qué hubiera sucedido al saber la gente que los dos niños de cuya muerte fué testigo eran propios hijos suyos? Pero la gente ignoraba esto, como ignoraba las travesuras del Sr. de la Alcantarilla.

Ello es que el boticario dió pruebas de imponderable indignación al correr la voz de que el capitán Beauregard había desaparecido sin poder nadie atinar qué suerte le había podido caber. Tomóse declaración á Margenat, á Clara, al oficial herido; pero, viendo que era inútil acosarles con preguntas, pues claramente se echaba de ver que nada sabían, no se les molestó más.

—Hay que desengañarse,—exclamaba el boticario.—El crimen se ha cometido fuera de la plaza: nadie habría tenido ánimo bastante para perpetrar un asesinato sabiendo que nada se escapa al ojo escrutador de la gran policía francesa. Lo habrán degollado en las cuevas del Lorito ó lo habrán arrojado al mar, ó quizás lo han enterrado en alguna viña del término; pero lo que es dentro de Tarragona, de fijo que no está.

II

Grande fué, por lo tanto, la sorpresa de Gatell al recibir un día la visita de D. Serapio, que tal era el nombre del digno farmacéutico.

—¡Vos en mi casa!—exclamó el patriota.—¿Qué hay de común entre vos y yo para que os permitáis poner aquí los pies?

D. Serapio era un tipo de boticario clásico. Jamás dejaba de cubrir su cabeza el negro gorro tradicional; larguísimo levitón, calzón, medias y sombrero negros y monumentales antiparras componían el revestimiento exterior de su persona esculpida y larguirucha.

El boticario sacó una preciosa tabaquera llena de rapé, tomó un polvo y repuso:

—Sr. Gatell, vuestra casa echa un olor altamente sospechoso. No parece sino que se esté pudriendo ahí un cadáver. Esto os podría acarrear algún serio disgusto.

—¿Vais á delatarme, pues?—exclamó Gatell impresionado.

—No: voy á aconsejaros que os procuréis en seguida un barril de cal y que lo más pronto posible quitéis el muerto de donde está.

—No sé de qué muerto me habláis,—replicó Gatell,—pues no me consta que en esta casa haya ocurrido ninguna muerte.

—Lo sé yo,—repuso el boticario.—Hay en el fondo del pozo el cadáver del capitán Beauregard, arrojado por la señorita Ninón de Letoillière, la querida del coronel del 92 de línea.

Gatell miró al boticario con ojos de espanto, cual si fuera un brujo ó un diablo.

—¿Vos sabéis eso? ¿Vos? Pero ¿cómo podéis saberlo? ¿Quién os lo ha dicho?

—Lo vi.

Gatell creyó que era presa de una pesadilla.

—Primero le dió una puñalada en el corazón y luego otra en el cuello. Es extraño que no hayáis cuidado de disimular la existencia del cadáver.

—Pero ¿cómo pudisteis vos ver eso que decís?

—Muy fácilmente: estando entornada la puerta de esta casa, no me costó ningún trabajo empujar y subir.

—Y ¿con qué derecho penetrasteis?

—Venía á veros. Creía encontraros, no estabais, y así que me retiraba oí pasos y no tuve más reme-

dio que quedarme agachado detrás de un montón de cofres que tenéis en el mismo cuarto en que se consumó el asesinato. Así es que no se me escapó el menor detalle ni la menor palabra.

—¿Vos estuvisteis aquí á verme?

—Seguramente que sí. Sabía que Ninón se había informado de si erais valiente y discreto, y, suponiendo que os tenía que menester para algo, iba á avisaros para que aceptaseis cualquier asunto que os propusiera.

—Pues no acepté.

—Eso mismo comprendí al ver que degollaba *manu propria* al capitán. No tenía más remedio que obrar así: él la había seducido y echado á perder, y no encontró nada mejor para hacerse perdonar que hacer diez mil monadas á Clarita, añadiendo al antiguo despecho espantosa tortura de celos y sed de venganza. Ninón tiene malas pulgas: por algo nació en Ajaccio, aunque se educó desde niña en el colegio de San Dionisio. Pero vamos al caso. Los franceses alojados en la casa contigua empiezan á extrañarse del mal olor que se percibe. El agua de este pozo comunica con la del pozo contiguo, pues tienen un fondo común, y algún día podría sacarse algún indicio. No hay, pues, otro remedio que sacar el muerto.

—Me dejáis sorprendido con vuestro proceder. Yo os creía del partido francés, aunque algunas veces he dudado si obrabais ó no con verdadera sinceridad.

—No tengo que daros explicaciones. Yo obro según un plan que tengo muy meditado. Cuando veáis los resultados podréis decir si soy ó no un malvado *caragirat*.

—Desde ahora os pido perdón por el concepto que había formado de vos: bien se conoce que sois un buen patriota.

D. Serapio no contestó: miró el reloj y dijo:

—Espero que pondréis, pues, manos á la obra y que quitaréis eso del pozo.

—¿Y qué voy á hacer del cadáver?

—Tened preparado un barril de cal, como os he dicho antes, y echadlo dentro.

—Bien.

—Adiós.

—Buenas tardes, amigo mío. Si jamás me necesitais, disponed de mí en un todo.

—Gracias: no os necesitaré.

III

Gatell procedió por la noche, en unión de Jorge, á la extracción del cadáver, el cual arrojaron luego en el barril de cal, dejándolo en un oscuro rincón de una pocilga, desapareciendo entonces el mal olor.

—Señores,—exclamaba al día siguiente en su trastienda D. Serapio;—faltaría á un deber de fidelidad y adhesión hacia la noble causa que todos los presentes defendemos si no celebrara dentro de mi humilde esfera la festividad del grande emperador. Para dicho día he resuelto, pues, dar un modesto banquete á cuantos me dispensan la honra de frecuentar mi pobre casa, que es la casa de un ferviente imperialista, de un partidario à *outrance* de la política francesa. Porque, yo, señores, no me contento con que ciña la corona de San Fernando el ilustre hermano del vencedor de Austerlitz, sino que abogo por que se agregue á Francia todo el territorio español comprendido á la parte de acá del Ebro.

—¡Muy bien!—exclamó un oficial aficionado á la diplomacia.

—Os invito, pues, á celebrar en esta casa la fiesta del 15 de agosto, citándoos para las ocho de la noche. Será una verdadera colación: algún lechoncito, pavos, mariscos y otras zarandajas; pero, en cambio, saldrán de lo más recóndito de la bodega Priorato y Málaga de 1711. ¿De qué mejor manera podrían terminar su centenario que sirviendo para conmemorar el feliz día del héroe de las Pirámides?

—Aceptamos gustosos vuestro noble ofrecimiento,—repuso un gallardo comandante.—Pero ¿no habrá nada más? ¿Alguna Hebe para escanciarnos ese Priorato y ese Málaga?

—¡Oh! Eso por de contado, comandante Audouard,—repuso D. Serapio;—pero no será hasta los postres.

—Sea cuando quiera.

—Pues no hay más que hablar. Hasta el 15.

—¡Hasta el 15, incomparable *apothicaire!*

Los oficiales salieron frotándose las manos de gusto y D. Serapio lanzó una diabólica carcajada.

D. Facundo de la Alcantarilla quedó encargado de los preparativos del banquete, prometiendo que la sala quedaría convertida en un verdadero aposento de las Tullerías, estilo *Imperio*.

—¿Vendrá?—le dijo D. Serapio.

—Sí: ella servirá el vino.

—¿No teme que la conozca nadie?

—Del modo que irá ataviada no hay cuidado.

—Está bien. Será, pues, una fiesta completa.

—Inmejorable.

Al anoecer del 15 de agosto el vasto salón del primer piso de la botica estaba convertido en una exacta copia del gabinete de Josefina. Las paredes estaban enteramente cubiertas de tapices, tan buenos como los de los Gobelinos. Aparadores, tocadores, *psychès* de plata dorada con placas de lapislázuli, candelabros, cortinajes y sillones, todo estaba estrictamente ajustado al modelo.

IV

La mesa estaba puesta para doce personas, incluyendo al anfitrión y á D. Facundo.

A las ocho fueron llegando los convidados, y con una puntualidad ordenancista se sirvió al punto la comida, espléndida y casi regia. D. Serapio había echado verdaderamente la casa por la ventana.

A los postres subió de punto la sorpresa y satisfacción de los comensales: había aparecido la esmerada Hebe, vestida con un precioso traje de corte digno de la más encopetada mariscal: plumas en la cabeza, grande escote, brazos desnudos, cuerpo ajustado bajo los senos, falda estrechísima, abierta hacia abajo por uno de los lados, mostrando la bien torneada pierna, y menudos zapatitos de raso rojo. El rostro era un encanto, una verdadera visión escapada de un cuadro de Watteau ó de un pastel de Fragonard: rubia, provocativa, deliciosa. ¿De dónde había sacado D. Serapio aquella beldad? ¿De dónde venía?

Nada más claro, sin embargo. No sólo había podido traerla D. Serapio, sino que la mayor parte de los muebles eran suyos y ella había corrido con todo el gasto de la fiesta.

Aquella sublime belleza era Leonor, era la duquesa de Orgiva, que el día del asalto se había visto villanamente ultrajada por aquellos convidados tan *hommes du monde*, tan elegantes y *espirituales*.

Leonor había sido befada, escarnecida, brutalmente entregada á la torpeza del granadero beodo; había perdido, atravesado á bayonetazos, á su esposo, que murió como un héroe defendiendo la independencia de la sagrada patria. Aquellos mis-

mos oficiales que ahora se mostraban tan admirados ante su soberana hermosura, la habían tratado peor que á la más desarrapada ramera: la habían hecho conocer los últimos escarnios, la habían dejado como una andrajosa meretriz, hartos, cansados, apaleándola, escupiéndola, como infames *Sacamantecas*. ¡Poco faltó para que no le abrieran el vientre á sablazos, ebrios y ahitos!

La duquesa era fuerte y joven. Su alma, todo amor y franqueza, se había replegado, como la corola del lirio marchita por el abrasador sol del estío, y había ido fermentando en su interior espantosa sed de venganza.

Leonor estuvo por espacio de dos días mirando de hito en hito el cadáver de Antonio Albenza, que mandó traer á su casa... y el cadáver la miraba.

Aquella mirada le decía á Leonor que vengase al muerto y se vengase ella. Leonor cogía las manos del muerto y le parecía que ardían. Besábale, abrazábale á él, dormía con el rostro junto al suyo, y parecía escucharle y comprenderle. En cuanto á lágrimas, tantas derramaba el cadáver como ella: los ojos de Leonor estaban secos.

La duquesa de Orgiva parecía haber enmudecido: nadie la oía hablar, nadie sabía lo que pasaba en aquella conciencia.

La patriota, la esposa, la amante, la mujer, la aristócrata, la cristiana, estaban á su vez heridas, taladradas, aniquiladas, destruidas. Sólo quedaba una española infamada, con el alma convertida en un infierno de rencor y venganza.

D. Serapio supo todo lo inenarrablemente ocurrido y corrió á casa de la duquesa.

—Señora,—dijo,—he de vengarme hasta quedar harto. ¿Puedo contar con vos?

—¿Vengaros?—contestó ella.—Es poco para mí.

—¡Matar, matar diez por uno, veinte, ciento, y lo más enorme, lo más feroz! ¡Dos hijos míos murieron ensartados en las bayonetas de los granaderos de Ficatier!

—Contad conmigo,—dijo ella.

Y desde entonces D. Serapio y la duquesa de Orgiva se vieron cada día por intermediación de don Facundo de la Alcantarilla, el pirotécnico anónimo.

V

Los oficiales quedaron maravillados ante aquella divina aparición.

No se oyó de pronto más que un murmullo de asombro. Acostumbrados á toda clase de portentos de hermosura, no habían, sin embargo, visto jamás sus ojos prodigio igual.

¿Qué otra cosa podía suceder, si Leonor sintetizaba la ardiente florescencia del mediodía con los atributos de la espléndida belleza del Norte?

Todos los convidados se levantaron al verla, como movidos por un resorte.

—Señores,—dijo con gravedad D. Serapio;—tengo el honor de presentaros á mi sobrina D. Leonor de Guzmán.

—¿Soltera?—murmuró al oído del boticario el comandante Audouard.

—No: viuda,—repuso el boticario.

—¡Brindemos, brindemos!—exclamó un hermosísimo oficial de húsares.

—Leonor, descorcha esas botellas,—repuso el boticario.

La divina aparecida llenó las copas de todos hasta el borde.

—¡Brindemos por la incomparable D.^a Leonor de Guzmán!—exclamó el comandante.

Todos chocaron las copas. Los franceses apuraron hasta la última gota; pero D. Serapio, D. Facundo y la escanciadora volvieron á dejar la entallada cristalería sobre la mesa sin haber absorbido ni una gota.

—¡Cómo!—exclamó Audouard.—¿No bebéis?

—No, no bebemos,—repuso D. Serapio, tirando la copa al suelo, siguiéndole en igual desprecio don Facundo y Leonor.

—¡Qué! ¿Qué es eso?—exclamó un grueso capitán.

—¿Por qué no bebéis?

—¡Traición!—gritó de pronto uno de los comensales.—¡Nos han envenenado!

Pero ya al decir esto estaban los demás franceses con las fisonomías horriblemente desencajadas.

—¡Ea!—repuso D. Serapio, riendo.—Es cuestión tan sólo de cinco minutos. Hago un experimento de toxicología con un ácido que he sacado de las almendras amargas.

D. Serapio no decía más que la espantosa verdad: el vino estaba mezclado con una enorme cantidad de ácido cianhídrico.

VI

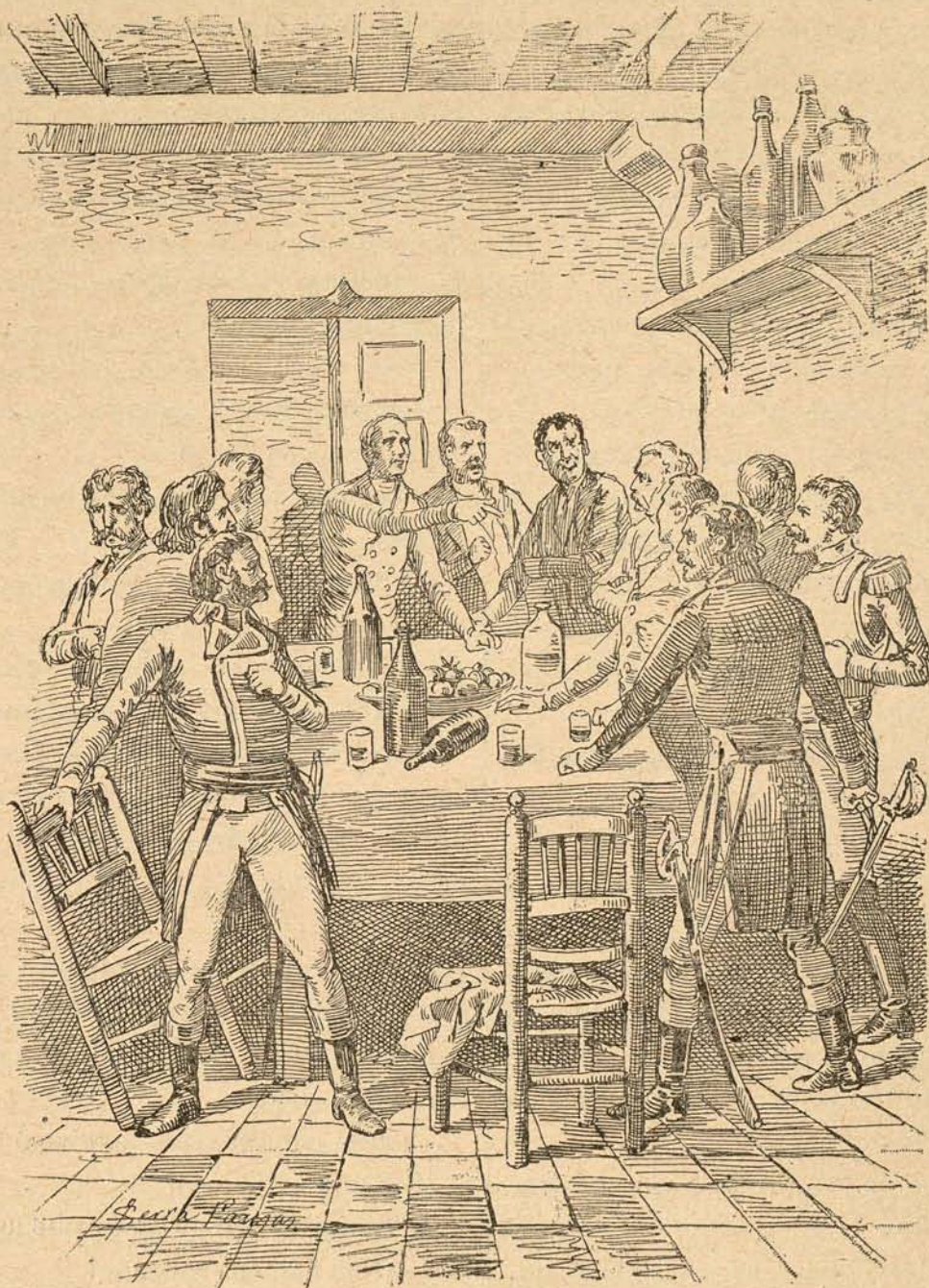
Los desventurados franceses parecían tener gran

pesadez de cabeza y experimentar irresistibles vértigos. Algunos se levantaron, vacilantes, cayendo á los pocos pasos: su respiración era difícil y se oía á distancia el violento mugido de su estertor letal.

Esto duró poco: pronto, después de algunas vio-

lentas convulsiones, quedaron sentados, en completa rigidez, con la cabeza fuertemente doblada hacia atrás, inmóviles y tiesos.

Al cabo de media hora había diez cadáveres en torno de la mesa.



—¡Traición!—gritó de pronto uno de los comensales.—¡Nos han envenenado!

Leonor los fué tocando uno por uno.

—¿Están muertos todos?—preguntó clavando su mirada en D. Serapio.

—Señora duquesa, muertos,—contestó el boticario.

—Tomad,—repuso ella, alargando una bolsa al farmacéutico

—Señora,—replicó el hijo de Esculapio,—habéis sido mi auxiliar, no mi dueña. Guardad vuestro dinero.

—Pero ¿qué vais á hacer de ahí en adelante?—repuso ella.—¿De qué vais á vivir? Pensad que debéis desaparecer al momento de la ciudad.

—Saldremos juntos, si queréis, señora, pues vos debéis huir también.

—Ved, pues, pronto, hacia dónde podríamos dirigirnos.

—Ya lo tenía determinado de antemano; pero corramos, señora, que urge el tiempo.

—Un momento nada más. Esperadme aquí mientras voy á cambiar mi traje.

VII

Al cabo de algunos minutos se presentaba otra vez la duquesa en casa de D. Serapio, vestida de menestrala. D. Serapio cerró su botica y, saliendo por una puerta falsa que daba á la calle de Caldereiros, dijo:

—Conviene que ahora mismo nos pongamos en salvo.

—¿Adónde vamos?—exclamó Leonor.

—A Valencia. En la playa del Milagro nos espera una barca, pronta á darse á la vela,—dijo D. Serapio.

D. Facundo se retiró á su casa, más amigo que nunca de los franceses, que ignoraban su participación en el banquete.

Al día siguiente, en vista de que faltaban diez oficiales, el general Bertolotti dió orden de buscarlos, y, apareciendo cerrada la botica de la calle Mayor, fueron allí, encontrando los diez cadáveres.

En cuanto al boticario, se supo que había desaparecido la noche antes, juntamente con una desconocida. La guardia de la puerta de Santa Clara les había franqueado la salida sin dificultad en vista de que D. Serapio era uno de los más caracterizados *caragírats*.

Antes de partir, la duquesa había dejado á su camarera una carta para entregar á la estafeta. La camarera, curiosa, leyó el sobre y vió que decía: «A madame la comtesse de Latour-Duchesne, rue Saint-Germain, 15, París.»

—¿Quién será?—dijo para sí la doncella. Pero, sin cuidarse de saber más, la entregó al ambulante, que se disponía á salir en aquel momento para Barcelona.

VIII

Pocos días después el teniente Villarrubia era conducido á Francia, prisionero de guerra, dejando á Clara Margenat hecha un mar de lágrimas.

El valiente militar fué primeramente trasportado á Zaragoza, donde encontró á D. Juan Senén de Contreras, preso en la Aljafería. Ambos fueron dirigidos á la frontera en el mismo convoy, juntamen-

te con 400 oficiales que cayeron prisioneros en Tarragona.

Cándida permaneció en el convento de la Enseñanza. Jorge y el P. Lorenzo iban á verla con frecuencia. La pobre joven no parecía dar ninguna señal de recobrar el uso de su razón, hasta que, pasados algunos meses, la superiora llamó aparte al P. Lorenzo y sostuvo con él una animada conversación.

El P. Lorenzo parecía consternado. Jorge le preguntó qué tenía; pero él, en vez de contestar, dejó escapar dos gruesas lágrimas.

—¡Ya entiendo!—exclamó Jorge.—Cándida no puede permanecer más tiempo en el convento.

—Sí, hijo mío,—repuso el buen sacerdote.—¿Te negarás á dar tu mano á esa desventurada?

—No: será mi esposa, hoy, mañana, así que vos dispongáis.

—Será tu esposa y serás el padre de su hijo.

—¡Jamás!—replicó Jorge.—¡El hijo no es mío: es del que maté!

—¿Pero abandonarás al infeliz fruto de sus entrañas? ¿No tendrás compasión de un inocente? ¡Oh Jorge! Sé generoso: ampara á una inocente criatura.

—No es mía: es de un infame francés.

—¿Quién puede saberlo?

—El corazón jamás me engaña. Cándida era ya madre cuando, en un momento de delirio, profané su ya mancillado honor.

—Sólo Dios puede decirlo.

—Padre, yo os lo aseguro.

—No te niegues á extender tu mano para bendecir el desdichado engendro de una hora de desgracia.

—Nada me liga á ese hijo.

—Yo te lo suplico. Si no has de ser el amparo del fruto de la madre, ¿á qué unirte con ella como esposo? ¡Oh pobre Cándida!

—¡Padre!

—¡Hijo de mi alma! ¡Sé compasivo y Dios tendrá también piedad de ti!

Los dos hombres se arrojaron uno en brazos de otro y lloraron.

No pasó mucho tiempo sin que Cándida y Jorge se casaran.

Semejante cambio produjo en Cándida lo que no habían conseguido todos los recursos de que entonces disponía el arte: dispóse por completo la nube

que oscurecía su razón y volvió á ser la discreta y enamorada joven que conocimos.

Jorge aceptó con sublime abnegación la paternidad del futuro hijo, acerca del cual no podía Cándida dar el menor detalle. Aunque escarnecida por Mancini, estaba ignorante de todas las circunstancias que mediaron en el crimen de que había sido víctima. Por otra parte, nadie había traslucido lo ocurrido en la noche del asalto.

IX

Tarragona quedó convertida en un cuartel francés. Cuantos pudieron abandonaron la plaza, y entre los que quedaron no se vió una sola defección.

Los franceses se aburrían soberanamente. La ciudad parecía un cementerio: nadie trascurría por las calles. Ningún francés contaba con un amigo.

Mas no era esto sólo: diariamente faltaban soldados y diariamente se encontraban cadáveres en las calles.

Los *troupiers* no se atrevían á probar bebida alguna en las tabernas y comían con recelo el rancho. Eran innumerables los envenenamientos y las muertes violentas. Cierta poza situado al pie del fuerte de San Jerónimo había llegado á inspirar una especie de terror por haber sido precipitados en él docenas de franceses. Se puso, por fin, un centinela para vigilar aquella insaciable fosa, y al segundo día desapareció también, siendo arrojado dentro.

Las seis mil víctimas degolladas el 28 de junio quedaban bien vengadas.

X

La botica quedó regentada por un químico francés. D. Facundo continuó frecuentando la casa, haciéndose tan amigo del nuevo boticario como lo había sido de su antecesor. Así sabía muchas cosas de suma utilidad para los españoles.

Con la asistencia de Suchet, que estaba en Reus, á un *Te-Deum* celebrado en acción de gracias por la toma de la capital, encendiése más todavía el odio al francés. Los tarraconenses calificaban, con razón, de sacrilego fingimiento el acto de Suchet, muy dado á tamaños golpes de efecto, según vimos ya al referir la toma é incendio de San Juan de la Peña, donde fundó luego una misa perpetua.

El *Te-Deum* de Reus fué un verdadero sarcasmo. ¿Cómo se atrevían á blasonar de creyentes, ó siquiera de respetuosos para con la religión, aquellos brutales saqueadores de templos, profanadores de sagrarios, violadores de monjas y asesinos de pobres frailes y curas? Ellos, que habían pisoteado las sagradas formas y hecho servir los óleos para alumbrar sus bacanales, ¿cómo osaban penetrar fastuosamente en la parroquia de San Pedro para asistir bajo palio al *Te-Deum* por la feliz conquista de la saqueada, incendiada y ultrajada Tarragona?

La pérdida de esta plaza produjo general descontento contra Campoverde. Los catalanes que servían en las filas del ejército desertaron en su mayor parte para ir á engrosar las guerrillas, pues tenían más confianza en los jefes del país que no en los forasteros, sobrándoles en esto la razón.

El día 1.º de julio, á raíz del asalto y pérdida de aquella ciudad, convocó el general en jefe á consejo de guerra y se decidió por mayoría de votos evacuar el Principado; resolución digna de la más acerba censura, pues aun conservábamos Figueras, Berga, Cardona y la Seo de Urgel. Hay que confesar que nuestros generales cometían sin cesar sobradísimas y gravísimas faltas, y que gracias al indomable espíritu del país pudo aquella guerra durar tanto y acabar en bien.

XI

La división valenciana no cesaba de clamar á todas horas por volver á su país, consiguiendo embarcarse por fin en Arenys de Mar. Unos quinientos hombres de aquella tropa, más impacientes que los otros, habían pasado á Aragón, juntándose con Mina y otros guerrilleros.

El *humanitario* Suchet se había dirigido á Barcelona una vez celebrado el *Te-Deum* de Reus. Era su intento ver de aniquilar el ejército de Campoverde y á la vez continuar *aterrando* el Principado con el sistema tan concienzudamente empleado en Tarragona. A este objeto, habiendo cogido en Molins de Rey algunos prisioneros, todos soldados, y entre ellos uno con veinticinco años de servicios, los mandó ahorcar sin compasión ni clemencia, sin escuchar las súplicas que le dirigian hincados de rodillas á sus pies, sin respeto al honroso uniforme que vestían. Suchet, sediento de sangre, hizo cumplir el fallo en su presencia. Ahorcados ya los prisioneros,

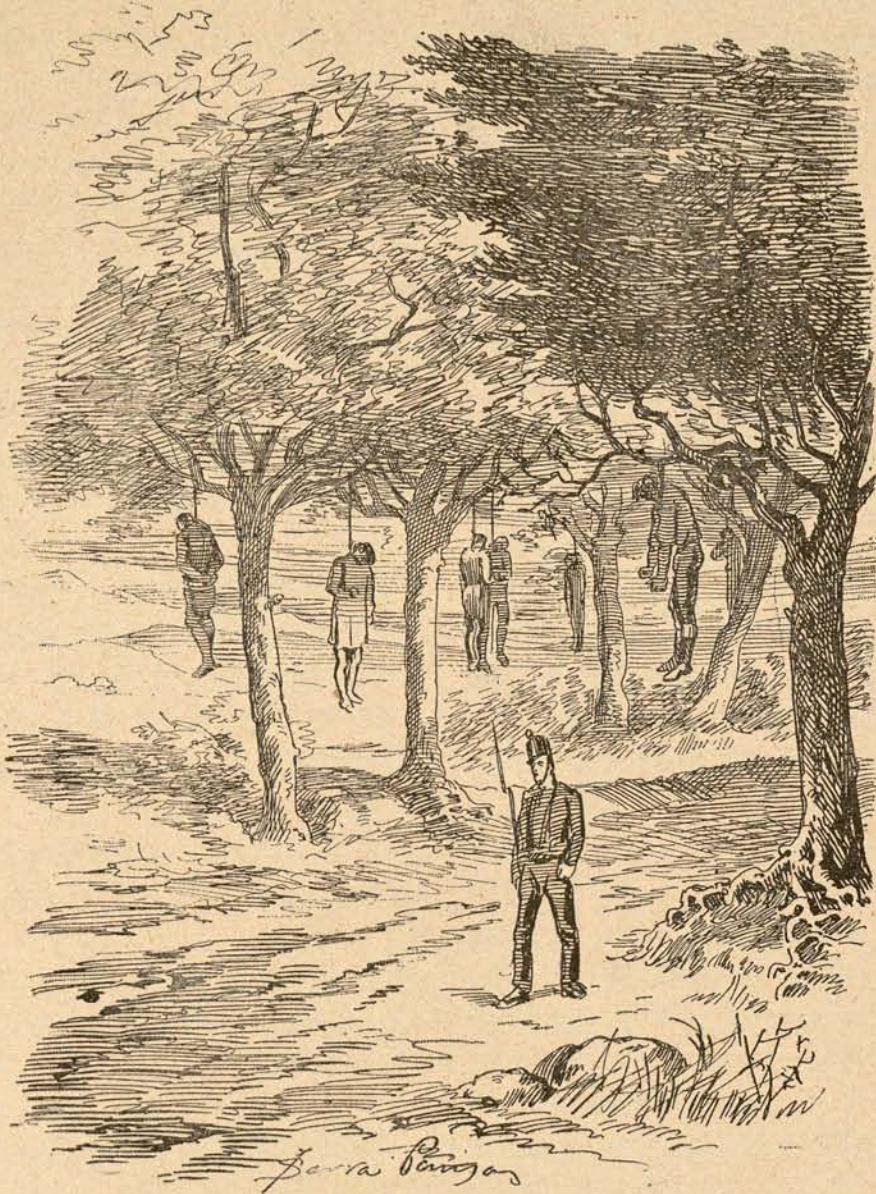
dió orden de ahorcar también á algunos paisanos y mujeres para seguir *aterrando* al país (1).

XII

Campaba, empero, por las orillas del Llobregat, un hombre que, como militar, valía tanto como Su-

chet y le aventajaba en inteligencia, astucia y travesura, con ser éstas reconocidas cualidades del general francés, y este hombre era MANSO.

Restablecido, gracias á los cuidados de los monjes de Ripoll, de las graves heridas que recibiera en la frustrada sorpresa de Montjuich, habíase Man-



... colgó de sendos árboles algunos prisioneros franceses

so lanzado de nuevo al campo sin tardar. Mucho trabajó para conseguir que los franceses levantaran el sitio de Tarragona, atacándoles de continuo en sus mismas trincheras, hasta que por fin, caída aquella plaza, dispuso retirarse, para lo cual tenía que romper la fuerte línea que continuaba circunvalando aquella ciudad. Iba Manso al frente de un corto destacamento, cuando se topó con 13 jinetes

enemigos, y, como de costumbre, ÉL SOLO RINDIÓ Á ONCE, llevándose los prisioneros: tantas eran sus hercúleas fuerzas y tan extraordinaria su destreza en el manejo de las armas.

Manso se indignó con la atrocidad de Molins de Rey, pues los ahorcados eran soldados de los que peleaban á sus órdenes, y publicó una protesta llena de energía, tras de lo cual colgó de sendos árboles algunos prisioneros franceses. Así respondía aquel grande é insigne caudillo al *sistema* emplea-

(1) Histórico

do por Suchet. Torpe anduvo éste en no conocer que nada iba á ganar acosando á un hombre como D. José Manso y llevándole al terreno de las représalias.

El día 9 de julio, encontrándose Campoverde en Vich, se presentó en dicha ciudad el ilustre general D. Luis Lacy, nombrado por la Regencia para reemplazar al poco afortunado marqués. Campoverde, que en un principio había sido el ídolo de los catalanes, acabó su mando aborrecido por todos, despreciado y sin que nadie le demostrase el menor afecto. ¡Así suelen gastarse en la guerra las mejores nombradías! Estaba de Dios que los generales sufriesen de continuo reveses y desgracias. Venegas, Infantado, Areizaga, Carvajal, Mendizábal, el mismo Blake, Palacio, La Peña, Imaz, Campoverde, Bassecourt, José Caro y Alacha eran otros tantos jefes desconceptuados é inutilizados. Quedaba Castaños, con su compartido lauro de Bailén; pero, sobre todo, se confiaba en D. Enrique O'Donnell, en Carrera, Zayas, D. Juan Caro, Obispo, Copons, Freire, Porlier, Lacy, el barón de Eroles y otros. En cuanto á los guerrilleros, jamás se habían elevado á tanta altura: ellos mantenían encendido el sagrado fuego de la insurrección. Mina, Durán,

Manso, *el Empecinado*, Villacampa y cien más, eran los verdaderos héroes de la guerra y el nervio de la resistencia.

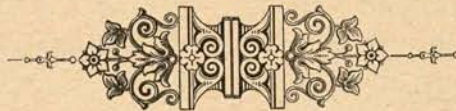
Para una nación sin rey aquellos eran los más indicados caudillos.

Ya veremos cómo el nuevo capitán general de Cataluña pudo, gracias al indomable esfuerzo de los catalanes y á las altas dotes que le adornaban; pudo, decimos, alcanzar importantísimas ventajas contra los franceses. Hombres como D. Luis Lacy fueron, por desgracia, escasos en aquella guerra.

¡Por eso le dió posteriormente tan inolvidables muestras de gratitud el señor D. Fernando VII de Borbón!

Respecto á Suchet, fué elevado por Napoleón á mariscal de Francia, según lo prometido. El emperador, no contento con haberle largado tan alta distinción, le encargó, además, la toma de Montserrat, empresa confiada anteriormente á Macdonald.

El Principado tenía, empero, á su cabeza, dos hombres que valían más que los dos mariscales: Lacy y el barón de Eroles iban á demostrar que eran capaces de vencer en todas ocasiones á los franceses.



CAPÍTULO XXI

El general D. Luis Lacy

I

A sí que tomó el mando del ejército de Cataluña el joven y bizarro caudillo, trasladóse á Solsona, donde, favorecido por la fragosidad del terreno y convenientemente protegido por las plazas de Cardona y Seo de Urgel, se dedicó á reorganizar sus destrozados regimientos y á reclutar nuevos combatientes, cuidando con especial esmero de fomentar las guerrillas.

Envió á Montserrat á Eroles con encargo de defender aquella montaña, para lo cual contaba el batallón con unos 2,500 á 3,000 hombres, pertenecientes en su mayoría á los somatenes.

Entre otras providencias que tomó D. Luis, merece citarse el haberse desprendido de gran número de oficiales, que no tenía donde colocar, así como de unos quinientos caballos, que no hubieran hecho más que servir de estorbo para el género de guerra que se iba á emprender. Formada con ambos elementos una columna, manifestó á los oficiales y soldados que fuesen á plantar bandera de ventura ó se uniesen á otros ejércitos, donde podrían prestar servicios y mantenerse más fácilmente, y dió en seguida el mando de la expedición al brigadier don Gervasio Gasca, con orden de ir á parar donde mejor le pareciese.

Entonces se realizó otra de aquellas admirables

marchas que tan alto renombre proporcionaron á algunos jefes españoles. El brigadier Gasca, cual si quisiera emular las famosas combinaciones estratégicas del conde de Alacha, Garroyo y Romana, decidió que la marcha que estaba encargado de dirigir figurase en la historia al lado de las más asombrosas. Habiendo partido de Solsona el 25 de julio, hizo rumbo hacia los Pirineos, caminando por sus faldas y vadeando ríos, siempre perseguido por el enemigo. El día 5 de agosto llegaba la columna á Luesia, cerca de Jaca, donde Klopicki les causó alguna dispersión. Juntáronse de nuevo en Eybar (Navarra), y, habiéndoles Mina proporcionado guías, cruzaron el Ebro el 12 del mismo mes, incorporándose al ejército de Valencia, sin que el francés hubiese podido estorbarlo. En aquel rodeo de 186 leguas murieron bastantes caballos á causa del hambre y las fatigas: hombres, pocos. Gasca llegó al término final de la expedición con la columna casi intacta, pues tan sólo algunos soldados le abandonaron para alistarse en las partidas.

Esta prodigiosa marcha del brigadier Gasca merece ser recordada para demostrar lo que puede conseguir una voluntad inteligente y las combinaciones que permite realizar el accidentado suelo de nuestras provincias pirenaicas.

II

Cayó Montserrat, á pesar de la desesperada defensa del barón de Eroles; pero no fué este el único desastre. El castillo de Figueras, cuya guarnición estaba desde largo tiempo á media ración, y que había consumido luego los caballos y toda clase de inmundos animales, no pudiendo soportar más el hambre, de que perecían multitud de soldados, cayó también. Su bizarrísimo gobernador, émulo de Alvarez de Castro, D. Juan A. Martínez, trató de salvar á su gente abriéndose paso por entre la doble línea de circunvalación con que el duque de Tarento tenía estrechada la fortaleza. ¡Vano heroísmo! Frustróse la tentativa, y Martínez, juntamente con 2,000 hombres extenuados y enfermos, debió rendirse. Era aquel día el 19 de agosto.

Macdonald encontró entre los heridos á Floreta, Marqués y á algunos otros que habían entrado en el complot para apoderarse del castillo, y, sin consideración á su estado, los ahorcó en un patíbulo que se levantó en un rebellín. Macdonald demostró que no había sabido vencer. El castillo había sido simplemente bloqueado: no se había dado asalto ni hecho más que vigilarlo como una ratonera; pero Macdonald demostró, en cambio, que sabía ahorcar y que entendía en dogales, si no en tomar castillos.

Pero no se crea que tales desgracias fuesen capaces de abatir el ánimo formidable de los catalanes.

—*¡Ara més que may!*—exclamaban, echando fuego por los ojos (*¡Ahora más que nunca!*). Crecía el furor en sus heroicos pechos al compás de las desgracias. Sobre todo, había entonces lo que no había habido desde el inmortal Reding: ¡había D. Luis Lacy!

III

Permitásenos citar aquí lo que dice con inimitable brío y gallardo estilo el admirable historiador de aquella guerra, el Tácito español, Toreno: «Ni por eso cesó la guerra en Cataluña, antes bien renacía como de sus propias cenizas. Lacy, activo y bravo, formaba batallones, sostenía á los débiles, erardecía á los más valerosos, y, metiéndose por aquellos días en la Cerdaña francesa, repelió á 1,200 hom-

bres, exigió contribuciones y sembró el espanto en el territorio enemigo. Por todas partes rebullían los somatenes: Clarós apareció cerca de Gerona; en Besós, Milans; otros en diversos lugares, y no les era lícito á los invasores caminar sino primero con fuertes escoltas. La Junta del Principado y Lacy decían en sus proclamas: *¿No hemos jurado ser libres ó envolvernos en las ruinas de nuestra patria? ¡Pues á cumplirlo!* Podíase exterminar la gente, no conquistarla.

Lacy no descansaba un momento. Los franceses estaban por entonces (septiembre de 1811) muy atareados en la empresa de tomar á Valencia. Suchet, con 22,000 hombres, avanzaba hacia allí. Lacy no podía hacer más que atraer las fuerzas contrarias, y lo conseguía en la más cumplida medida de sus deseos. Severo y equitativo, ayudado por la Junta del Principado, levantó el espíritu de los catalanes, «quienes,—dice Toreno,—á fuer de hombres industriosos, vieron también en las reformas de las Cortes, y sobre todo en el decreto de señoríos, nueva aurora de prosperidad.» Fortificó Cardona más de lo que estaba, é hizo lo mismo con otros pueblos, hasta formar una cadena con la fuerte Seo de Urgel, y atrincheró las montañas de Abusa, cercanas á Berga, donde adiestraba á los reclutas. «Y todo eso rodeado de enemigos y vecino á la frontera de Francia,—continúa diciendo Toreno;—pero ¿qué no podía hacerse con gente tan belicosa y pertinaz como la catalana? Dueños los invasores de casi todas las fortalezas, no les era dado, menos aún aquí que en otras partes, extender su dominación más allá del recinto de las fortificaciones, y aun dentro de ellas, según la expresión de un testigo de vista imparcial (el ingeniero Vaccani), *no bastaba ni mucha tropa atrincherada para mantener siquiera en orden á los habitantes*. Más de una vez hemos tenido ocasión de hablar de semejante tenacidad, á la verdad heroica, y en rigor no hay en ello repetición. Porque creciendo las dificultades de la resistencia, y ésta con aquéllas, tomaba la lucha semblantes diversos y colores más vivos, desplegándose la ojeriza y despechado encono de los catalanes al compás del hostigamiento y feroz conducta de los enemigos.»

Catalán el que estas líneas escribe, no ha querido ponderar por sí el esfuerzo y bizarría de sus paisanos. El testimonio del conde de Toreno basta

á probar lo que hizo Cataluña en aquel trance.

Dueño el enemigo de los principales puntos de la costa, no fué poco el lauro conseguido por Lacy apoderándose de las islas Medas, situadas en la desembocadura del Ter, de las cuales eran dueños los franceses. Tomó el barón de Eroles el fuerte por asalto, después de abierta brecha. Momentáneamente abandonadas dichas islas, fueron de nuevo ocupadas. Distinguióse en aquel entonces D.^a María Amengual, esposa del teniente coronel D. José Masanés, gobernador de las conquistadas Medas; pues, cuando su esposo tenía que ausentarse del fuerte, quedaba ella allí, demostrando saber mantenerse firme si por acaso atacaban los enemigos.

La posesión de las Medas fué muy provechosa, pues sirvieron en primer lugar de depósito militar, y luego de punto de embarque de los géneros fabricados en el Principado, siendo así doble su utilidad mercantil y estratégica.

Respecto al derecho de guerra, Lacy no se anduvo en quijotadas é hizo presente al mariscal Macdonald que tomaría represalias de cuantas atrocidades cometiese, indignado con la bárbara ejecución de D. Francisco de Montardit, comandante de un batallón, el cual, hecho prisionero en Balaguer, fué inhumanamente arcabuceado. Lacy dirigió con dicho motivo una carta á Macdonald, en la que decía: «Amo como es debido la moderación, mas no seré espectador indiferente de las atrocidades que se ejecuten con mis subalternos y haré responsables de ellas á los prisioneros franceses que tengo en mi poder y pueda tener en lo sucesivo.»

Trató luego D. Luis de romper la línea de puestos fortificados que tenían los franceses desde Barcelona á Lérida, á saber: Molins de Rey, Igualada, Cervera y Bellpuig. El general comenzó por atacar á Igualada, empresa que confió al denuedo y pericia de Manso. El gran guerrillero cumplió como cumplía siempre, causándoles más de 200 bajas á los enemigos y viéndose obligada la guarnición á refugiarse en un convento fortificado, del cual no pudo Lacy apoderarse, falto de artillería.

Pasaron luego el general Eroles y Manso á sorprender un convoy que se dirigía á Cervera, para lo cual dividieron sus tropas en dos porciones. Eroles y Manso llegaron antes, causaron otras 200 bajas al enemigo y nada dejaron que hacer á Lacy.

Sobrecogidos los franceses con la irrupción del

valiente general en el centro del Principado, juzgaron prudente abandonar todos los puntos en que estaban destacados, y evacuaron Igualada, Can Masana y Montserrat, incendiando el monasterio y cuanto pudieron, sin mirar si era sagrado ó profano. La quema de Montserrat fué un acto de vandalismo imperdonable, y aun hoy día se siente el ánimo alborotado al considerar aquella brutal destrucción, de la cual quedan elocuentes y acusadores vestigios.

Precisado Lacy á ausentarse del teatro de la guerra para acudir á tomar parte en las deliberaciones de la Junta, dejó encomendado al intrépido é inteligente Eroles la conclusión de la tan felizmente comenzada empresa.

D. Joaquín Ibáñez atacó á los franceses en Cervera, obligándoles á rendirse, y cayeron en su poder 643 hombres; pero no fué esta la mejor presa, no: lo importante fué la captura de un infame afrancesado, de un monstruo de maldad, digno de figurar entre los más execrables criminales de cuyo nombre abomina la historia, de *D. Isidro Pérez del Camino*, en fin, corregidor de Cervera en nombre de los enemigos de la patria. Este hombre, esta fiera, mejor dicho, complaciase en martirizar á cuantos se mostraban morosos en el pago de las contribuciones, ó sencillamente á cuantos no se plegaban á sus desatentados caprichos. Con este objeto había inventado una jaula en la que metía á sus víctimas, cuya cabeza quedaba fuera, aprisionada en una argolla. Inmovilizados de este modo los infelices presos, untábales el rostro con miel para que les atormentasen las moscas. Ibáñez entregó á Pérez del Camino á sus víctimas, y no hay para decir el fin que tuvo.

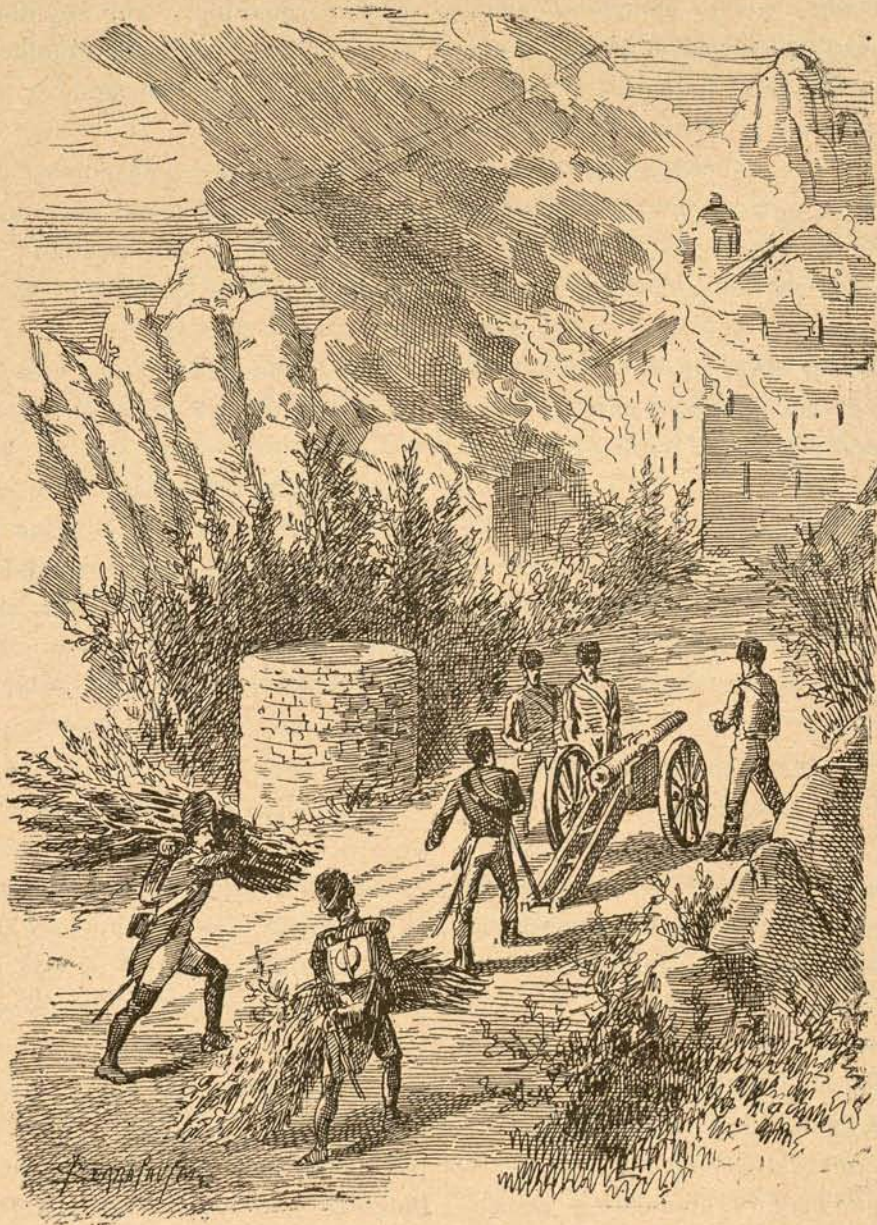
Rindióse poco después al barón la guarnición de Bellpuig, pereciendo en la refriega multitud de franceses y haciendo 150 prisioneros.

Rota ya la línea de comunicaciones entre Lérida y Barcelona, remontó Ibáñez hacia la alta Cataluña, y, obrando en combinación con el gobernador de la Seo, Fernández Villamil, rigió la vanguardia de una expedición destinada á asolar la Cerdeña francesa. Los nuestros incendiaron la villa de Marens después de derrotar á los franceses que defendían el pueblo, entraron á saco la población de Ax, sembraron el espanto en toda aquella comarca, y repasaron tranquilamente la frontera.

IV

La adhesión y cariño de los catalanes hacia Lacy no conoció límites. El ilustre general, á la vez que disciplinaba y organizaba su ejército, lisonjeaba á

los naturales escogiendo por jefes á los más acreditados guerrilleros del país y fomentando los somatenes y partidas de *miquelets*, base de las operaciones militares más propias por entonces en el Principado. Cada día surgían nuevos partidarios, hormigueando



La quema de Montserrat fué un acto de vandalismo...

en toda Cataluña los guerrilleros. Los jefes que caían eran al punto reemplazados; pero, además de esto, cada día se sabían proezas de otros que empezaban entonces su carrera.

El 28 de octubre dejó Macdonald el mando. Antes que él se habían estrellado ya en la empresa de pacificar á Cataluña otros dos mariscales de Francia.

Sucedíole el general Decaen, que se vió harto apurado para poder mantener expedita la comunicación con Francia. Lacy sorprendió en diciembre un gran convoy y tuvo en jaque al nuevo general, obligándole á dejar libre el llano de Vich.

Tal era el estado de Cataluña al final del año 1811. Las grandes ventajas que creían reportar los fran-

ceses de la toma de Tarragona se habían convertido en amargos reveses. Era que el Principado contaba con un bravo general, dignamente secundado; no con un militar de salón, sino con un verdadero patriota y hombre de guerra, conocedor del país y sus costumbres, y hasta preocupaciones. Don Luis Lacy, el barón de Eroles y Manso demostraron que, á falta de murallas de piedra, era una muralla el pecho de cada catalán. Estos, que vieron de lo que

era capaz su general, sintiéronse más animados y confiados que nunca, y de ahí los triunfos de las Medas, Cervera, Bellpuig, Igualada, San Celoni y cien otros, sin contar la invasión de la Cerdaña.

Por desgracia, mientras Lacy, Manso y el barón de Eroles triunfaban, remediando los anteriores descalabros, en otras partes sobrevenían catástrofes tras catástrofes, según vamos á tener ocasión de referir en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXII

Lo de Valencia

I

LA duquesa de Orgiva y D. Serapio consiguieron embarcarse en Tarragona sin experimentar ningún contratiempo, llegando á Valencia el 20 de agosto.

Pocos días antes había llegado también allí el regente Blake, en reemplazo del marqués de Palacio, cuyas medidas habían sido en todas ocasiones más propias de un pacato devoto que de un militar bravo y diligente. El buen marqués, en efecto, creía que con celebrar cada día procesiones y novenas ya lo tenía todo hecho. Así, para fortificar las murallas más de lo que estaban, adoptó el medio de pasear por el derredor de la plaza la Virgen de los Desamparados, confiando que con ello se convertiría en inexpugnable mural el débil recinto de la ciudad.

Mala suerte había cabido á los valencianos en punto á los generales que les mandaba la Regencia. Después del célebre D. José Caro les había tocado el inepto Bassecourt, y en pos de éste el infelizote de Palacio. Así anduvieron las cosas en aquel reino. Por fin les iba á gobernar un militar de veras, aunque desgraciadísimo é incomprensible á veces.

El motivo de la expedición de Blake á Valencia era proteger aquel reino, muy amenazado desde la caída de Tarragona, y distraer hacia levante los ejércitos franceses de las provincias occidentales.

Wellington se había mostrado muy satisfecho de semejante plan, pues no corría bien con Blake y prefería mejor entenderse con Castaños, de carácter más dúctil y condescendiente.

Blake había salido de Andalucía contando con la cooperación del 2.º y 3.º ejércitos, además de las tropas expresamente escogidas para la expedición. Había primeramente desembarcado en Almería, anticipándose á sus divisiones para llegar cuanto antes á Valencia, por lo cual la expedición se agregó al tercer ejército, mandado por D. Manuel Freire, el cual se dirigió contra el general Leval.

Al saberlo Soult, salió de Granada y mandó á Godinot que cayese sobre los españoles. Trabóse en Zuéjar una sangrienta batalla, en la cual tuvimos 438 muertos y perdimos más de 1,000 prisioneros, debiendo Freire emprender precipitadamente la retirada. Brilló en aquel trance D. José Antonio de Sanz, comandante en jefe de la 3.ª división, cuyas tropas anduvieron 37 leguas en seis días, comiendo sólo tres ranchos; penuria incapaz de ser soportada por otros que los soldados españoles.

Por su parte Freire hacía á veces 13 leguas por día, corriéndose hacia Murcia, donde fué relevado por Mahy; pero de la información que se hizo acerca de la responsabilidad de aquella aciaga derrota no resultó en manera alguna comprometido el digno

general, sino que aparecieron como causantes del descalabro D. José O'Donnell y D. Ambrosio de la Cuadra.

No por eso habían dejado los guerrilleros de molestar al francés, lo mismo en la Alpujarra que en Murcia. Muchos fueron los triunfos que consiguieron, rescatando no pocos prisioneros y recobrando a menudo el botín que recogían los franceses.

II

Al encargarse Blake del mando en jefe contaba con el 2.º ejército, ó sea el de Valencia, las divisiones aragonesas de Obispo y Villacampa, parte del tercer ejército, que había podido salvarse del desastre de Zuéjar, y las fuerzas expedicionarias, que subían á unos 10,000 hombres, al mando de Zayas, Lardizábal y Loy, este último general de la caballería.

Las primeras providencias de Blake se encaminaron, naturalmente, á remediar los desbarros del marqués del Palacio, activando los medios de defensa, reforzando las fortificaciones de Murviedro, haciendo ejercitar á los reclutas y reforzando el castillo de Oropesa, situado en la carretera real de Cataluña.

Por su parte no se descuidaba el mariscal Suchet, á quien tanto sonreía la fortuna desde algún tiempo á aquella parte. Dejó aseguradas sus espaldas y flancos por Cataluña, Aragón, Murcia y Cuenca, y tomó la vuelta de Valencia al promediar el mes de septiembre, al frente de 22,000 hombres repartidos en tres columnas de marcha. La una (Harispe) salió de Teruel, la segunda (Palombini) tiró por Morella y San Mateo, tan famosos en la guerra de los siete años, y la tercera, en la cual iba Suchet, estaba formada de la división Habert, reserva de Robert, caballería y artillería de campaña y procedía de Tortosa.

El 21 de septiembre se encontraba ya Suchet frente los muros de Murviedro, dejando tras sí el castillo de Oropesa, que no había conseguido rendir.

Blake no esperaba tan pronto á Suchet, pues no había podido todavía uniformar y disciplinar á su gente ni reunir todas las fuerzas que estaban bajo su mando. Con todo, había logrado guarnecer suficientemente Murviedro y atrincherar á Valencia, convirtiendo á Alcira en segunda línea de defensa y mandando allí á la Junta y al engorrosísimo mar-

qués del Palacio, nombrado general, nadie sabía de qué ni de dónde.

III

Para excusar tristes detalles diremos que Suchet probó de tomar á Murviedro por escaló, sin resultado; que luego formalizó en toda regla el sitio; que perdió más de 1,000 hombres en infructuosos asaltos; que Blake acudió en auxilio de los sitiados, trabándose una batalla; que, por supuesto, perdimos, costándonos 900 muertos y heridos, 4,000 prisioneros y 12 piezas, y sólo 800 bajas á Suchet; que Villacampa se cubrió de gloria y que Blake se mostró tan indeciso y frío como de costumbre, falto de presteza y resolución, tibio y retraído por no faltar á su habitual condición, y, en fin, tan *rigor de las desdichas* como desde que empezó á servir. Loy y D. Juan Caro cayeron prisioneros después de heridos, ambos cubiertos de gloria. Lardizábal estuvo felicísimo, y el celeberrimo D. José Miranda, á quien vimos asomar en Tarragona las narices, tan *heroico* como de costumbre, siendo la causa principal del desastre, para evitar el cual hizo prodigios Villacampa con los bizarrísimos regimientos de Molina, Cuenca y Ávila. Zayas se mostró denodado y admirable como en todas ocasiones. Suchet y París resultaron heridos. La batalla, que había estado á punto de ser ganada por el esfuerzo de Villacampa, Zayas, D. Juan Caro y Lardizábal, se perdió por la imperdonable necesidad de Miranda, la floja dirección del flemático Blake y la cachaza del pobre Mahy, sucesor del intrépido Freire. Este Mahy era más propio para gobernar una comunidad de rollizos cistercienses que no un ejército de españoles.

¿Qué había de suceder tras de tan descomunal derrota? Rindióse Murviedro y faltóle tiempo á su atolondrado gobernador, D. Luis M. Andriani, para aceptar la capitulación con que le brindaba Suchet. El fracaso de Blake le había dejado atontado, y, sin parar mientes en que la brecha abierta era, según confesión de Suchet, de difícil acceso, y que antes de conseguir apoderarse de la plaza era preciso vencer grandísimos obstáculos, accedió Andriani á la capitulación (26 de octubre de 1811). No era así como se habían portado Palafox, Álvarez, Herrasti, Santocildes, Contreras, Estrada, Martínez, Massanés, la Amengual y otros defensores de sitiadas plazas, que

no habían prestado atención á que hubiese brecha abierta. Andriani se portó como un hombre atortolado. «No era el hacha ni la pala officiosa del gastador enemigo la que debiera haber allanado la salida á los defensores de Sagunto,» dice con razón Toreno. Efectivamente: el tal gobernador, su ayudante, don Joaquín de Miguel, y 2,572 hombres, salieron de Murviedro con los honores de guerra, tributados por el francés, no por la historia.

Andriani, en vez de acobardarse por la derrota de Blake, hubiera debido recordar Zaragoza, Gerona, Astorga, Ciudad Rodrigo y Tarragona; pero no lo hizo.

IV

Blake volvió á Valencia, no cubierto precisamente de gloria.

Acabemos pronto de narrar lo que allí pasó.

Blake era enemigo de los guerrilleros: era un militar de colegio.

(Y por eso le fueron tan bien las cosas.)

Es decir, que no era un D. Luis Lacy, el arrogante vencedor de los franceses en cien combates.

Blake se desatendía de todo lo que no fuese oficioso y oficial.

El paisanaje le miraba con desapego.

En cambio, sus reglamentarias tropas de línea no le miraban tampoco con sobrada confianza.

Á mediados de diciembre, Suchet, reforzado con las divisiones de Reille y Saveroli, procedentes de Navarra y Aragón, contaba con 34,000 hombres excelentes y aguerridos con que poner sitio á la capital.

El mariscal vadeó el Turia, empleando la modernamente preconizada *infantería de á caballo* (200 húsares llevando en las ancas del caballo á otros tantos peones), y ahuyentó á las tropas de línea españolas que encontró á la otra orilla.

El bizarrísimo D. Martín de la Carrera, que estaba á las órdenes de Blake (¿por qué no había de estar Blake á las suyas?) hizo proezas.

Suchet atacó los puestos que rodeaban el recinto de Valencia.

Zayas, no hay para qué repetirlo, portóse con todo el admirable denuedo que tenía por costumbre, obligando á huir ante sus fuegos á Palombini, Saint-Paul y Balathier.

Tropezó luego el mariscal con Mahy, que se condujo con toda la ineptia y estupidez de siempre.

Harispe había caído sobre Catarroja y Musnier sobre el pueblo de Manises, ahuyentando el segundo los destacamentos apostados en Cuarte.

D. Juan Creagh y el valeroso militar D. José Pérez, al mando del batallón de la Corona, hicieron en Mislata inútiles prodigios de valor, concluyendo por retirarse, á pesar de su temeridad.

Los tiradores de Cádiz y Burgos, el regimiento de la Princesa y el provincial de Alcázar de San Juan, con sus respectivos jefes, sostenían una lucha homérica, plantando cara á los enemigos á cada paso que osaban avanzar, sin reparar en su incomparable superioridad numérica.

Por fin Palombini consiguió arrojar á Zayas de Mislata. Los refuerzos que debía mandar Blake no habían parecido cuando hubieran sido necesarios.

Mahy, juntamente con Creagh, D. Martín de la Carrera, Villacampa y D. José Obispo, es decir, con cuatro bravísimos generales, hubo de separarse del grueso del ejército, retirándose á la segunda línea, por lo cual sólo le quedaron á Blake las divisiones Zayas, Lardizábal y el celeberrimo D. José Miranda, con las cuales se encerró en los atrincheramientos de Valencia, circunvalada ya estrechamente.

Miranda, encargado de la defensa del Grao, se portó como en Zuéjar. En cambio Zayas causó gran número de bajas á los sitiadores, entre ellas unos cincuenta oficiales.

V

En vez de mostrarse animoso y decidido el general-regente, se manifestó desde entonces de cada día más desmañado y flojo. No era él hombre capaz de convertir á Valencia en otra Zaragoza, y no porque los valencianos (¡harto lo han demostrado después!) no fueran capaces de hacer otro tanto de lo que hicieron los heroicos habitantes de la capital aragonesa. La culpa era del general en jefe, que en vez de animar enfriaba y en vez de entusiasmar helaba, gracias á su ceremoniosa prosopopeya ordenancista y oficialesca.

Blake creyó necesario celebrar consejo de guerra (siempre según la ordenanza, la real orden, la pragmática, el real decreto, la circular, el reglamento, etcétera, etc., etc.). Propúsose la salida de la guar-

nición á viva fuerza, rompiendo el cerco, y gracias á las innumerables dudas y escrúpulos de Blake difirióse por dos veces la empresa. Blake era el hombre de las dificultades y los peros. Había tenido dos meses de tiempo para preverlo todo, pero no había previsto nada.

Decidióse, por fin, que la guarnición evacuase la plaza la noche del 28 al 29 de diciembre, debiendo quedar en Valencia D. Carlos O'Donnell, al objeto de extender las condiciones de la capitulación.

Inútil es decir que la salida se malogró, como cosa de Blake. Incapaz de pensar nada y de decidirse con resolución, la salida resultó un completo fiasco. En vez de verificar la evasión por distintos parajes, sólo se escogió uno, sin cuidar de proveerse de las herramientas, tablones y enseres necesarios para pasar las acequias. Sólo la vanguardia, al mando del coronel Michelena, consiguió librarse.

Lardizábal, que hubiera podido también escurrirse, mostróse amilanado, desdiciendo de su anterior conducta. Blake, tan frío como siempre.

Los valencianos, hartos ya de semejante general y dejando á un lado la paciencia bíblica de que se habían revestido durante dos meses, no pudieron aguantar más y le dijeron á Blake las verdades del barquero. Porque, á la verdad, el regente les había llegado ya á cargar hasta lo sumo y lo inaguantable. Casi hubiera valido más no haber tocado al inolvidable y scráfico señor marqués del Palacio.

Blake nombró una junta popular, la disolvió apenas creada, enfurecióse contra el pueblo, y dijo que no quería intentar una salida contra Suchet en atención á los desórdenes populares que podrían sobrevenir en su ausencia.

¡Oh presciente conservador! ¡Cuántos imitadores te han salido después! Víctor Hugo llama á eso *tropchuer*, en honor á Trochú.

VI

Abreviemos. Semejante narración acongoja el ánimo. Preferir que Suchet se acercase cada día á los muros que intentar un supremo esfuerzo por temor á los tumultos populares es una resolución que, más que irritar, causa repugnancia.

Día 1 de enero de 1812.—Suchet abre las primeras paralelas á 60 toesas.

Día 4.—Blake se mete en el recinto interior con todo su ejército.

Día 5.—Empieza el bombardeo. Caen 1,000 bombas y granadas en un día.

No se había blindado nada; no había nada á prueba de bomba.

Días 7 y 8.—Grandes destrozos. Blake, hecho un carámbano, amortigua todo aliento. Los naturales dicen que tiene horchata de chufas en vez de sangre. Nada se había dispuesto para defender el interior de la ciudad. Eso de barricadas, casas atoneradas, cortaduras, etc., olía á popularidad, y todo debía hacerse según la ordenanza y el expedienteo de oficina. ¡Oh! ¿Qué hubiera dicho el cuerpo de Estado Mayor? Sin embargo, el siempre intrépido, caballeresco y lealísimo Zayas, que estaba encargado de la Puerta de San Vicente, preparó la defensa de varias calles.

Día 9.—Blake prende á una diputación de paisanos que va á pedirle que no capitule. No así con otra que va á pedirle lo contrario. Blake capitula.

Día 10.—Salen para Francia 16,000 soldados de línea y Blake.

Así acabaron las *continuas y lastimosas desventuras* de aquel prototipo de militares profesionales, atento sólo á las frías reglas del colegio y ciego ante la realidad de los hechos. Sólo una cosa le honra: que Cuesta le tuviese envidia.

VII

Los franceses se apresuraron á cometer todo linaje de arbitrariedades una vez hubieron penetrado en la encantadora ciudad del Turia. Desarmaron á los vecinos é hicieron una cuerda con muchos de ellos para llevarlos á Francia. Algunos días después recibió Suchet una orden de Napoleón Bonaparte para que enviase á los depósitos de allá cuantos frailes pudiese coger. Suchet tuvo la gloria de prender á *mil quinientos* religiosos y los condujo al bello país gobernado por el Sr. Bonaparte y Ramolino.

Suchet, sin duda para hacer boca, lleno de nostalgia por no haber podido ensangrentar á Valencia de la manera africana con que ensangrentó á Tarragona, fusiló en Murviedro á cinco frailes, luego á dos en Castellón de la Plana, y finalmente, en el camino de Segorbe á Teruel, mandó matar á *doscientos soldados aspeados!*, precediendo así de cinco lustros al tigre de la guerra civil.

El arzobispo de Valencia, que había estado agazapado en Gandía durante el sitio, presentóse radiante de entusiasmo napoleónico una vez hubieron entrado en la ciudad los sitiadores, «esmerándose en obsequios y lisonjas hacia Napoleón y sus huéspedes.» Igual hicieron muchos clérigos.

Los mismos valencianos no mostraron gran desvío hacia Suchet. Verdad es que Blake les había dejado hartos y disgustadísimos con su helada rigidez *militar* y su carencia de entusiasmo patriótico.

El francés tomó luego á Denia, sin resistencia por parte del gobernador, D. Esteban Echenique.

Los restos del segundo y tercer ejércitos, al mando del siempre funesto general D. José O'Donnell, se refugiaron en las montañas de Murcia y Cartagena.

El valiente y bravísimo D. Martín de la Carrera, que mandaba la caballería, atacó un día, de improviso, á Soult, que se encontraba banqueteeando en la capital de aquel fértil y rico reino, y pereció noblemente en las calles de Murcia, espada en mano. Gran pérdida fué la de aquel bizarrísimo militar, que se vió cobardemente abandonado por sus tropas al penetrar en las calles de la ciudad. Solo, con cien hombres, combatió contra seiscientos jinetes que tenía Soult. «No por eso se abatió,—dice la historia,—y, antes de ser estrechado, paseó calles y plazas acuchillando y matando á cuantos contrarios topaba. Duró tiempo la lid. Costó el terminar la sangre al francés; mas á lo último, cogidos, muertos ó destruídos los soldados de Carrera, quedó éste solo y rodeado por seis de los enemigos en la plaza Nueva. Defendióse gran trecho, mató á dos, y si bien, herido de un pistoletazo y de varios sablazos, sostúvose aún, no quiso rendirse y peleó hasta que, exánime y desangrado, cayó tendido en la calle de San Nicolás, donde espiró» (26 de enero de 1812).

Era Carrera joven y membrudo, de elevada estatura, noble fisonomía y apostura arrogante y gentil. Murió heroicamente, perdiendo en él la patria á un hijo digno de eterna memoria y recordación.

Hombres así son los que honran el nombre español: hombres que llevan el valor hasta la temeridad é inmolan su vida en aras del patriotismo y de la gloria.

Los franceses sobrecogidos de terror y temerosos

de algún descalabro, saquearon aceleradamente la ciudad y se largaron.

VIII

Acabemos este capítulo relatando una infamia.

El general Severoli había ido, de orden de Suchet, con sus italianos, á poner sitio á la fuerte plaza de Peñíscola, especie de Gibraltar, provista de magníficas obras de defensa y situada en una posición casi inexpugnable, unida al continente por un estrecho istmo.

Era gobernador de la plaza *Pedro García Navarro*. La guarnición constaba de mil hombres. Nada faltaba allí: víveres, municiones, comunicación libre por el mar, defensas naturales, cuanto puede favorecer una plaza.

El día 20 de enero se presentó Severoli delante la plaza y arrojó algunas granadas, á *seiscientas toesas de distancia*. *García Navarro* procuró enterar á Suchet de que quería rendirse, accedió el mariscal, y el día 4 de febrero se posesionaban los franceses de Peñíscola.

La capitulación empezaba en estos términos: «El gobernador y la Junta Militar... convencidos de que los verdaderos españoles son los que, unidos al rey D. José Napoleón, procuran hacer menos desgraciada su patria...»

Pedro García Navarro entró luego, como es de suponer, al servicio del intruso, recibiendo en premio de su infamia condecoraciones y honores de todo linaje. Antes, sin embargo, escribió á Suchet una carta que decía, entre otras abominables frases, las siguientes: «Vuecencia debe estar bien seguro de mí: la entrega de una plaza fuerte que tiene víveres y todo lo necesario para una larga defensa... es una garantía de mis promesas...»

Basta. No olvidemos jamás que hubo en España quien fué todavía más infame que Kindeland, Alacha, *García Conde*, *Echenique* y otros miserables canallas y fementidos villanos: *Pedro García Navarro*.

¡Gloria eterna á quienes, como D. Martín de la Carrera, morían en defensa de la causa nacional!
¡Odio y vergüenza sobre los *García Navarros* de todas épocas y partidos!



CAPITULO XXIII

Donde D. Serapio revela inesperados conocimientos navales

I

VILLACAMPA, disgustadísimo del modo como se habían portado Blake y Mahy, resolvió regresar á Aragón al fenecer enero.

Mucho había trabajado desde que, en obediencia á órdenes superiores, trocó el teatro de sus correrías por el reino de Valencia; pero al fin podía volver á su tierra dejando bien sentado el nombre de la división.

Garroyo no era dueño de contener la irritación en que le tenía la flojedad de los generales, que no habían sabido hacer de Valencia unasegunda Zaragoza. Mucho había sentido que Petra y Esther hubiesen debido permanecer en la ciudad cuyos jefes tan desgraciadamente se habían conducido, y, así, hizo por manera de que se reuniesen á los expedicionarios, logrando verse todos juntos en Chelva.

Las dos mujeres, más enamoradas que nunca, pudieron convencerse, á su vez, de cuánto las adoraban su esposo la una y su amante la otra. Manuel Antequera no había querido indicar nada á Esther respecto á casamiento, al objeto de no inquietar á la hermosa judía en sus creencias religiosas, que estaba resuelto á respetar, por lo cual se limitaba á quererla con el amor más puro.

Ocasión tendremos de seguirles, por lo cual les dejaremos por ahora para dar cuenta de la situación de la duquesa de Orgiva.

Si grande había sido la amargura de cuantos se habían dolido del triste papel que hizo Blake, llegó á su colmo la de Leonor, cuya exaltación contra los invasores no conocía límites. Así fué que, desafiando toda clase de riesgos y derramando oro, pudo procurarse un barco, en el cual se hizo á la vela con rumbo á Cádiz, juntamente con D. Serapio, con pasaporte extendido á nombre de un señor canónigo y su sobrina.

Mandaba la barca un valiente marino español, yendo de piloto uno al parecer catalán, á lo menos por el habla. El patrón era ya anciano: joven el otro y de siniestra catadura.

La barca navegaba arrimada á la costa, llevando enarbolado el pabellón nacional. De vez en cuando un crucero inglés se acercaba al jabeque y dirigía algunas preguntas al patrón, tras de lo cual seguía su rumbo. Pasado el Estrecho, el patrón se retiró á descansar un momento: un marinero dormía sobre cubierta, y velaban solamente el piloto y el grumete. Los dos pasajeros estaban en la popa, sufriendo un violento mareo.

II

Eran las nueve de la noche, fría y serena, verdaderamente invernal. El piloto se dirigió al timón y el barco orzó.

D. Serapio extrañó la maniobra, y dijo, sobreponiéndose á su malestar:

—¿Por qué no seguís el rumbo como antes?

—No os importa,—contestó el piloto;—pero aun estamos á tiempo. O me dais cuanto dinero traéis los dos, ó el barco entra en Tarifa antes de cinco minutos. Ya sabéis que Tarifa está en poder de los franceses.

—¡Infame!—exclamó el patriota.

—Diez mil hombres fueron á sitiarla hace más de un mes. ¡Contad si hará tiempo que flota allí la bandera tricolor!

—¡Patrón!—gritó D. Serapio, que apenas podía tenerse por la angustia del mareo.

—No gritéis, porque es inútil: he clavado todas las escotillas. No saldrá nadie.

—Y vosotros ¿qué hacéis?—siguió diciendo el boticario, dirigiéndose al marinero y al grumete.

—¡Eh! Esos están de mi parte,—contestó el traidor apuntando una pistola á D. Serapio.—¡O la bolsa ó en poder del francés! Resolved pronto y no me lo hagáis repetir.

—Tomad,—dijo la duquesa, alargándole un cofrecito.

—Bien está,—repuso el pirata, cogiéndolo en sus manos.

La barca llevaba á remolque un bote. Saltaron en él los tres bandidos y desaparecieron en las tinieblas.

III

En aquel momento se escuchó una voz que desde la plaza gritaba:

—¡Centinela, alerta!

—¡Alerta está!

—¡Alerta!

—¡Alerta!—repitieron otras.

—¡Son españoles!—exclamó la duquesa.

—Sí, españoles,—prorrumpió diciendo, lleno de alegría, D. Serapio.—Demos caza al miserable pirata. Yo regiré el timón.

Y, haciendo un supremo esfuerzo, venciendo el mareo y guiado por el instinto, hizo como decía.

En medio de la oscuridad se distinguía un bote que venía en dirección contraria á la que llevaba el jabeque.

—¡Son los nuestros!—exclamó la duquesa.

—Sí. ¡Viva España!—gritó D. Serapio con voz

que resonó fuertemente en el silencio de la noche.

Acercóse un guardacostas, y, luego de responder el improvisado piloto al *¿Quién vive?*, repuso:

—En ese bote van tres piratas, señor comandante: corramos tras ellos.

El falucho partió como una exhalación, alcanzando á los pocos minutos á los fugitivos.

—¡Alto!—gritó el oficial de marina que mandaba el barco de guerra.

Pero, en vez de detenerse el bote, remaron desesperadamente los que lo tripulaban.

—¡Fuego!—gritó entonces el bravo marino.

Resonó una descarga, y á la luz de los fogonazos vióse que iban tres hombres en el bote y que los tres habían caído heridos, quedando inmóvil la navecilla.

El falucho amarró el chinchorro con un cable y lo condujo remolcando á la playa, donde había fondeado ya el jabeque.

D. Serapio enteró de todo lo ocurrido al comandante del barquito de guerra, sabiendo con infinita alegría que los franceses habían tenido que levantar vergonzosamente el sitio, perdiendo más de dos mil hombres y la artillería de batir, y cubriéndose en cambio de gloria los tarifeños y la escasa guarnición de aquella endeble plaza.

Desclaváronse las escotillas, quedando libres el patrón y los dos marineros, llenos de estupor é indignación por la villana traición de los que creían honrados hombres de mar.

El reconocimiento practicado en el bote dió por resultado encontrar muerto al marinero y gravemente heridos el piloto y el grumete.

El oficial de la armada se apresuró á devolver la zajita á la duquesa, sin admitir las gracias que ésta le daba.

Los dos heridos fueron trasportados al hospital.

IV

—¿Cómo un marino catalán puede haber cometido una acción tan indigna?—exclamó con severidad el oficial al quedar instalados en sendas camas los heridos.

—No soy catalán: soy sardo,—repuso el interrogado,—y francés de corazón. Mi oficio era espía.

—¿Y tú, desgraciado?—repuso dirigiéndose al grumete.—¡A tu edad tan pervertido ya!

La gravedad de la herida, ocasionada por un balazo en la nuca, impidió poder contestar al paciente: estaba agonizando.

—¡Pobre Francesca!—murmuró el espía, volviendo la cabeza hacia el moribundo.

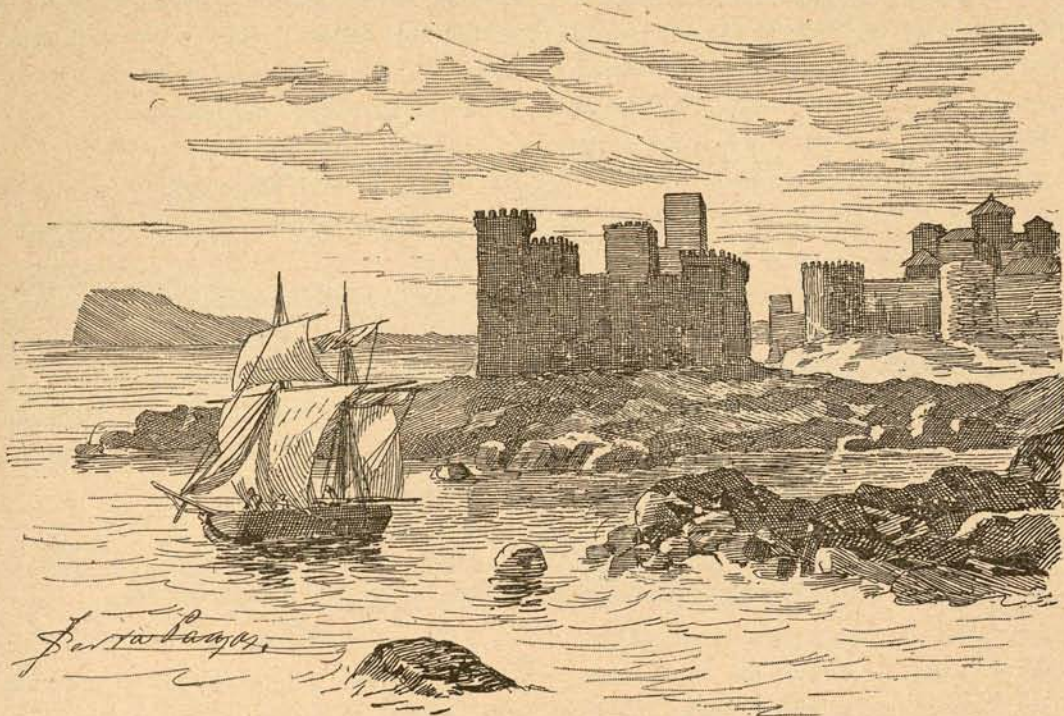
—¿Qué nombre habéis dicho?—replicó el oficial.

—Es una mujer,—respondió el sardo.—Por no

apartarse de mi lado se conformó en servir de grumete. ¡Ah! ¡Ya no nos veremos más!

Era, en efecto, una mujer.

—La encontré en el muelle de Marsella muerta de hambre y de frío, la socorrí, y desde entonces me siguió á todas partes con la fidelidad de un perro. Gracias á ella he podido dar muy buenos golpes.



...donde había fondeado ya el jabeque

¡Hoy ha salido el último, por desgracia! ¡Desventurada!

La voz del miserable se iba debilitando.

—Morís pronto,—exclamó un marinero,—pues ya sabéis que, si no, os toca bailar colgado de una antena.

—La desgracia ha sido topar con ese pasajero que ha sabido encaminar el barco.

—Pues, hijo,—repuso D. Serapio,—ha sido la primera vez que me he visto en tales trances.

—Dad, con todo, gracias á Dios,—contestó el sardo,—pues íbamos á volver al jabeque y habierais perecido todos en el abordaje.

—¡Hé ahí lo que tiene haber ido á ver muchas veces cómo entran las barcas de la pesca del *bou*!—exclamó el boticario.—Sin eso, no hubiera sabido cómo se empuñaba el timón ni cómo se hacía dar la vuelta á una nave.

Dejaron al infame al cuidado de un médico, y la

duquesa y D. Serapio, acompañados del oficial, se dirigieron á una posada donde pasar la noche.

Leonor preguntó al marino si sabía que estuviesen en Cádiz el brigadier Espinosa ó el teniente coronel Méndez.

—Los dos están allí, señora,—contestó el oficial,—después de haber peleado con Ballesteros en la Serranía de Ronda. No ignorará V. los gloriosos hechos que allí han acontecido, derrotando al enemigo en Bornos, Veger y Estepona.

—Gracias, caballero oficial,—contestó Leonor.—¡Me dais buenas noticias!

V

La joven no había reparado que el marino la miraba con harta ternera, por lo cual se retiró á descansar sin pensar más en él.

En cambio D. Serapio, muy ufano con sus proe-

zas náuticas, no abrigó ni por un momento la idea de dormir, prefiriendo departir con el posadero y algunos huéspedes que en el parador se alojaban.

—Tenía V. que haber visto á Tarifa durante el sitio,—exclamaba el mesonero.—Todas las calles estaban cortadas, sirviéndonos para atajarlas de las rejas que arrancábamos de las ventanas; las casas estaban á su vez atroneradas, y todo el mundo armado hasta los dientes, esperando las órdenes de D. Francisco Copons, que sin cesar aumentaba nuestra confianza, ya que fuese imposible hacer subir á más alto punto nuestro valor y lealtad, dignos ambos de los hijos de Guzmán *el Bueno*.

—Sí, señor,—dijo á este punto un algecireño de dudoso tipo nacional, grueso y rubio como un inglés, aunque tan exageradamente ceceoso como el más perfecto andaluz.—Todos hicimos lo que pudimos. El valor y la temeridad eran moneda corriente. Figúrese V. que yo solo maté cincuenta franceses y nadie lo extrañó.

—¡Cáspita!—exclamó D. Serapio.—¡No maté yo tantos!

—¡Qué había V. de matar, D. Aquilino!—replicó el posadero, dirigiéndose á aquel azote de las tropas francesas.—¡Si estaba V. en su casa achantadito!

—¡Yo, yo en mi casa! Es que no me vió V. bien, tío Matatunes; pero no sé qué tiene para Vds. de particular el que yo matase esos cuarenta franceses que he dicho, cuando me costó bien poco trabajo.

—¿Cuarenta? Pues ¿no había dicho V. cincuenta antes?—exclamó D. Serapio.

—Cuarenta dijo, cuarenta,—repuso con sorna un maleante contrabandista.

—Y ¿cómo lo hizo V. para tumbar á tantos?—siguió preguntando el boticario, algo celoso de la superioridad de D. Aquilino.

—Muy sencillamente: desde una aspillera que practiqué en la azotea de mi casa apuntaba á cuantos se me ponían á tiro, especialmente á los ingenieros, y así conseguí dar muerte á los veinte que he dicho.

—¿Veinte?

—Sí, señor: veinte, todos de artillería.

—¿De artillería?

—Al día siguiente de haber ocasionado tanto estrago, aun no se habían atrevido los franceses á retirar los doce cadáveres que tenían metidas en la cabeza las doce únicas balas que disparé, como decía, desde el palomar.

—¿Doce? ¿Desde el palomar?

—Yo mismo me sentía como horrorizado de tanta matanza. ¡Pensar que en un momento había mandado ocho húsares al otro mundo!

—Realmente fué una proeza que rayó en exceso, D. Aquilino.

—¡Me parece que aun estoy viendo á aquellos desgraciados granaderos! Iban cuatro y un cabo, y ¡pataplum! disparo á la vez desde el balcón dos fusiles cargados de balines hasta la boca y caen todos atravesados por el vientre.

—¡Jesús! ¡Qué horror!

—¡Tan jóvenes! Figúrense Vds. que el uno tendría, á lo más, veintiún años, y los otros dos veinte.

—¡Qué lástima!—dijo el contrabandista.

—¡Tal vez eran hermanos!—repuso el boticario.

—Muy fácil. Y ¡quién sabe si hasta no serían gemelos!—añadió el mesonero.

—En fin, los pobres muchachos murieron abrazados tan fuertemente ambos que no se les podía separar.

—¡Oh prodigio!

—Sí, porque el pobre era todo un valiente.

—¡Un valiente!

—Y la herida quizás mortal. La bala que disparé le atravesó el penacho de su morrión de lanceros.

—¡Caramba!

—Por lo tanto, es muy fácil que muriera.

—Muy fácil, D. Aquilino.

—Eso de haber herido quizás á un semejante me tiene desde entonces fuera de juicio.

—Sí: se conoce, se conoce, D. Aquilino. Pero ¿y los cincuenta que mató V.?

—No dije cincuenta; pero, en fin, el dragón que maté bien valía por otros tantos.

—Pero ¿lo mató V.?

—Digo que lo maté porque le causé una herida mortal.

—¿Mortal? Pues ¿no lo hirió V. en el plumero?

—Precisamente, en el sitio más delicado para un gendarme.

—Vaya, D. Aquilino, vaya.

—A mí nadie me da de vaya, señores,—repuso el gran tirador, amoscado;—y, con eso, buenas noches, pues no quiero permanecer por más tiempo entre quienes tan poco crédito prestan á mis hazañas.

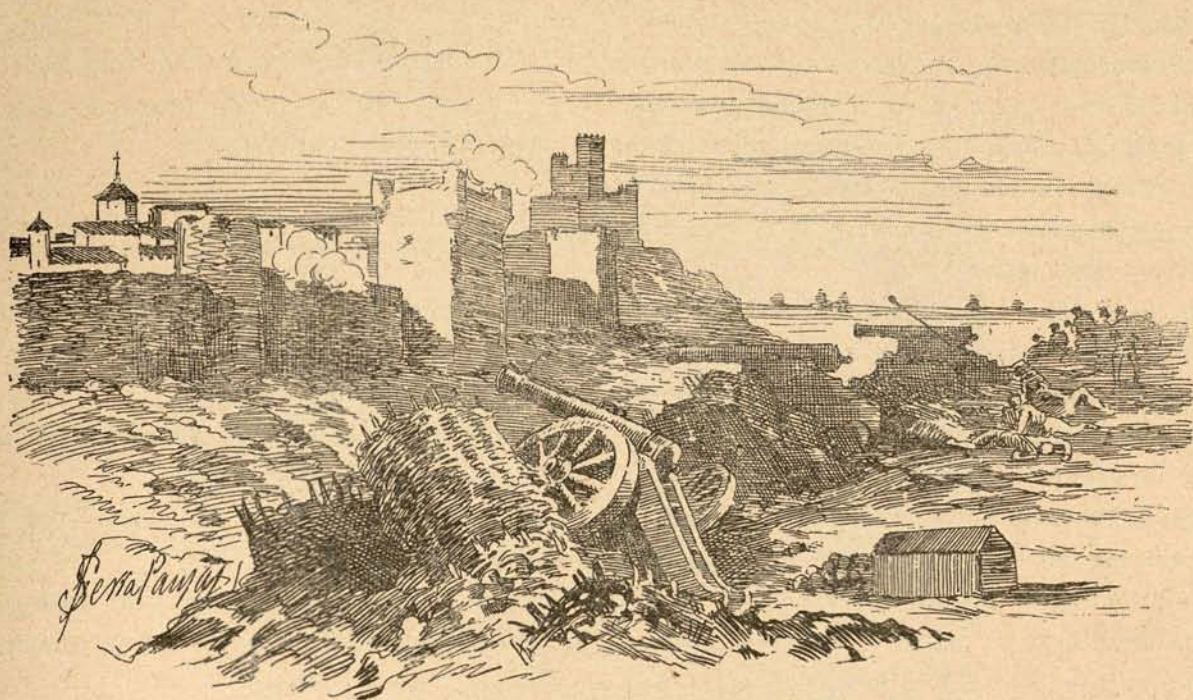
El extravagante algecireño desapareció, y D. Se-

rapio, que sabía el inglés, creyó entonces que podía ser verdad la famosa escena de *Enrique IV*, cuando Falstaff cuenta que le han atacado cien hombres, haciendo cara á doce ladrones, que luego se reducen á dos, vestidos de bucarán verde, siendo la noche tan negra que no se podía distinguir la propia mano.

VI

La desaparición de D. Aquilino hizo que D. Serapio rogara al posadero que siguiera refiriéndole el comenzado relato del sitio de Tarifa.

—El enemigo se presentó á la vista de la plaza el 19 de diciembre,—prosiguió diciendo el posadero,



...les hicimos un fuego horroroso que les obligó á retroceder...

—obligando á Copons á encerrarse dentro los muros. A los diez días rompieron el fuego con seis cañones y tres formidables obuses, hallándose por la tarde practicable una brecha de 600 varas. Intimaron la rendición, como es costumbre, antes de asaltar; pero Copons no quiso dar oídos á propuesta alguna, y, así, se dió el asalto el 31 de diciembre, embistiendo la brecha veintitrés compañías, á cuyo frente iba el general Chassereaux; pero los gabachos no contaban con la huéspedada: habíamos levantado detrás de la muralla una escarpadura y varios parapetos hechos con colchones, y desde allí y desde las casas contiguas les hicimos un fuego horroroso que les obligó á retroceder, dejando en el campo 500 muertos y heridos. En vista de semejante descalabro nos pidieron un armisticio, y no sólo se lo concedimos, sino que nosotros y la guarnición les ayudamos á recoger sus heridos y á enterrar sus muertos, demostrando así que no éramos menos generosos que valientes. Como si esto no hubiera sido

bastante, parece que la Naturaleza quiso protegernos también, pues empezaron á reinar tan terribles temporales que las trincheras enemigas quedaron anegadas, los caminos hechos un lodazal y sin un palmo de tierra enjuta donde poder los franceses reclinar la cabeza, por lo cual el 5 de enero tomó Leval las de Villadiego, dejándonos tan tranquilos como ve V. ahora.

—¡Bien empieza el año 12,—exclamó entusiasmado D. Serapio.—pues no cuento para nada lo de Valencia!

—Aquí tuvimos la suerte,—dijo el posadero,—de que el bravo Copons y los ingleses corrieran siempre muy bien, contribuyendo mucho al buen éxito de nuestra defensa los consejos de Skarret. Además, todos los jefes estaban muy unidos: Dabán, Yranrui, Sánchez, Parra, artilleros, ingenieros, marinos, militares y paisanos, todos, en una palabra, no teníamos más que una sola voluntad.

—Así es como se vence,—repuso D. Serapio, pen-

sando en las desavenencias y piques de Tarra-gona.

—Lo que es ahora sí que los franceses van de capa caída,—repuso el contrabandista, que estaba leyendo una carta que acababa de recibir;—porque no sólo no han podido entrar en Tarifa, teniendo que escurrir el bulto, sino que, según me escriben de Cádiz, se sabe ya que lord Wellington ha tomado á Ciudad Rodrigo, ayudado por D. Julián Sánchez y secundado gloriosamente por los nobles castellanos.

—¡Nuestra otra vez Ciudad Rodrigo!—exclamó lleno de júbilo D. Serapio.—Dispensadme, señores; pero esto es todavía más importante que la bizarra defensa que hicisteis aventando á los franceses. ¿Será posible tanta suerte?

—Me lo participa quien puede saberlo tan bien como el que más,—contestó el contrabandista.—El ejército anglo-portugués dió principio al asedio el día 8 del presente, el 19 se dió el asalto, y después de media hora de pelea se rindió la plaza, cayendo prisioneros 1,800 enemigos y muriendo 200. Se hacen grandes elogios del buen orden con que procedió Wellington, no menos que de la bizarría de los generales de Mackinson y Crawford, muertos gloriosamente en el asalto. No hubo el menor desmán en la entrada, portándose los aliados con intachable comedimiento.

—¡Bien por Wellington!—exclamó el mesonero, que tenía vivas simpatías por los ingleses.

—La plaza ha sido entregada ya á Castaños,—repuso el contrabandista,—y creo que no puede estar en mejores manos.

—Así lo creo también,—contestó D. Serapio.—¡Oh qué felices noticias he tenido la dicha de recibir aquí esta noche! ¡Y pensar que si llevo á no saber mandar el barco estaríamos ya la señora y yo en el otro mundo, ignorando que la bandera española seguía tremolando en Tarifa y volvía á ondear en Ciudad Rodrigo!

—¿Esa señora que va con V. es su esposa, doctor?—preguntó el contrabandista.—¡Valiente *barbiana* pescó V., compadre!

D. Serapio miró á su interlocutor, tomó un polvo de rapé y dijo con gran prosopopeya:

—Si esa señora fuese mi esposa, yo sería duque y no boticario.

—¡Cómo! ¿Es una duquesa?

—Ni más ni menos, camarada; pero una duquesa

de pies á cabeza, descendiente en línea recta de los godos.

—¿Y por qué va con V. por esos mares de Dios?—preguntó de nuevo el maturero.

—¡Eh, sonsoniche!—repuso el huésped.—Cuando los señores viajan así, es porque así les convendrá.

—Justamente,—replicó D. Serapio.—Nos convenía viajar así. Y, ahora, si Vds. gustan descansar un ratito...

—Lo mismo digo,—contestó el posadero.

—Pues, si Vds. se van á dormir, buenas noches,—repuso el contrabandista.

VII

El matutero salió de la venta embozado hasta las cejas, y, apretando el paso, llegó hasta una casita cercana al fondeadero.

Llamó, y un marinero le preguntó desde una ventana que á qué venía.

—Di á tu amo que he de verle,—respondió el nocturno visitante.

Al punto se abrió la puerta, y el contrabandista entró con el desembarazo de quien conoce bien la casa.

Apareció en esto el oficial de marina que había capturado á los piratas y exclamó:

—¡Vos! ¿Qué hay?

—Niño,—repuso el recién llegado,—una palabrita. Vamos á tu cuarto.

Hiciéronlo así, y el matutero dijo con sorna:

—¿Qué apuestas á que sé en lo que estabas pensando?

—Decid, y si acertáis no os lo negaré.

—¡Pues claro está que acertaré! No me vengas con que esa pasajera que has libertado de los horrores de un abordaje no te ha flechado en mitad del corazón.

El oficial no contestó.

—Sabe, pues, *esgalichao*, que la tal persona no es lo que te figuras y que jamás ha sido la mujer del fantasmón que la acompaña.

—¿No es casada?—exclamó con viveza el joven marino.

—Eso no lo sé; pero no es boticaria, sino otra cosa.

—¿Qué?

—Duquesa.

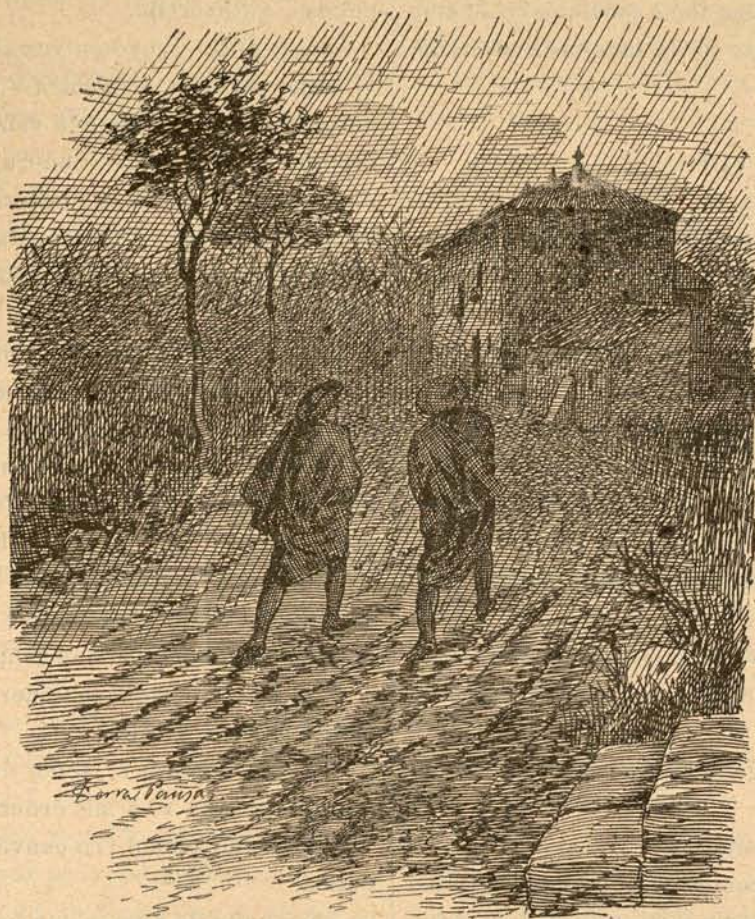
El oficial, de sonrojado que estaba, se puso pálido.
—¿Te has asustado, *gaché*? ¡Pues no creo que sea tan mala noticia!

—¿Yo? Pero ¿á mí qué me importa todo eso?—replicó el marino, muy turbado, no obstante.

—¡Paquillo!

El matutero se acercó al joven, abrazólo con efusión y murmuró en voz baja y con extraña ternura:

—¡Pobre Paquillo! ¡No te pongas triste! Ya sabes que tu padre es más rico que Fúcar y tiene con que



...emprendieron á buen paso el camino del parador

cubrir de oro á más de veinte duquesas. Sigue adelante y se hará cuanto convenga. La *chavala* me gustaría y no encontraría otra tan buena para ti.

Retiróse el misterioso visitante, y, al abrirle de nuevo la puerta, el marino le saludó, diciendo:

—Buenas noches, *Terrible*.

—Oye,—respondió el interpelado.—Tenme mucho cuidado con ese y avisame si pierde las ganas de comer. Vaya: adiós.

El criado quedó asombrado del encargo y dijo para sí:

—¡Mi amo no tener gana de comer! ¡Pues si aun no hace tres horas nos hemos comido un caldero de gazpacho y medio jamón con tomate! ¡*El Terrible* debe de soñar!

Sin embargo, debió rectificar pronto su opinión al ver que su amo estaba atrozmente pálido y hablaba solo.

—¿Estarán locos todos?—repuso el marinero.—En fin, allá se las hayan, que yo me vuelvo á mi coy.

Pero en aquel instante resonó la voz de Paquillo, que decía:

—¡Telmo! No te acuestes, que vamos á salir.

Empezaban á caer gruesas gotas de lluvia y oíase el lejano rumor del trueno.

Amo y criado, embozados en sendos capotes, emprendieron á buen paso el camino del parador.

—Entra en el mesón,—le dijo el joven,—y, así que esté levantada la señora que ocupa el cuarto que hay á la izquierda del comedor, ven en seguida á

avisarme. Aquí esperaré. Observa si enciende luz ó se oye ruido. Anda y no te descuides.

El oficial se guareció de la lluvia bajo el arco de herradura de un antiguo portalón y aguardó.

Daban entonces las cuatro en el reloj de Santa Catalina.

Al romper el día, Telmo fué á participar á su amo que la señora del cuarto de la izquierda se había levantado ya.

VIII

Paquillo, ó por decirlo más exactamente, D. Francisco Revoredo, entró al momento en el parador y esperó á que apareciese su flamante ídolo.

No tardó Leonor en salir del cuarto. La palidez ocasionada por las emociones de la víspera y la molestia del viaje aumentaban la interesante hermosura de la enlutada viajera.

—¿Habrá perdido á su esposo ó á su hermano?— se preguntó el joven.

Leonor, al ver al marino, le saludó con amable sonrisa.

Francisco se sintió violentamente conmovido al tener que contestar y balbuceó algunas frases de cortesía.

Sobreponiéndose luego á la emoción que le embargaba, dijo:

—¿Vais á partir ya, señora?

—Sí, señor oficial,—contestó la duquesa.—Deseo llegar cuanto antes á Cádiz, pues no me siento bien y temo caer enferma de cuidado.

—No abriguéis tales presentimientos, señora,—contestó el marino en tono harto vehemente.—¡Dios no quiera que pueda peligrar vuestra preciosa salud!

—Gracias, caballero,—replicó Leonor, algo sorprendida del calor con que se había expresado Revoredo;—pero creed que me importaría muy poco tener que dejar este mundo.

—¿Por qué, señora? ¿No sois feliz, acaso?

—¡Oh, no! Pero no hablemos más de eso, caballero. De todas maneras, os repito mi agradecimiento por lo que hicisteis por nosotros y por el interés que me habéis demostrado luego. ¿Sabéis si podríamos encontrar un barco para salir ahora mismo?

—Señora, difícil será, pues el jabeque en que vinisteis ha quedado sin tripulantes y su patrón se puso enfermo así que llegó. No obstante, voy ahora

mismo á averiguar si hay alguna embarcación disponible.

IX

En aquel momento entró Telmo con un pliego, que entregó á Revoredo.

Este lo abrió y leyó en voz alta: «Por convenir así al mejor servicio, dispondrá V. lo necesario para hacerse inmediatamente á la vela para Cádiz, donde recibirá V. órdenes.»—Señora,—repuso radiante de alegría,—si os dignaseis aceptar un sitio en mi barco, podríais llegar á Cádiz esta misma tarde, pues ningún otro excede en velocidad al cañonero *Gaviota*.

—Si no fuese ocasionaros ninguna molestia, sería un favor á que os quedaríamos profundamente reconocidos mi mayordomo y yo.

—Señora, será el mayor honor que me haya cabido en toda mi vida,—repuso Revoredo.

A este punto apareció D. Serapio y exclamó:

—Buenos días, caro alumno de Neptuno, salvador de nuestras vidas y haciendas. ¿Sabe V. que toda la noche no hago más que soñar con V. ?

El oficial no pudo contener una sonrisa ligeramente burlona y repuso:

—Y ¿qué soñaba V., señor doctor?

—Que estaba V. á mis órdenes.

—¡Extraño sueño! ¡Yo convertido en mancebo de botica!

—No, nada de eso: es que yo era almirante y V. nada más que jefe de escuadra. Los dos, sin embargo, dábamos cada día una batalla naval, y una noche que los corsarios franceses nos habían robado á la duquesa, volábamos por los aires á consecuencia de una explosión, después de haber echado á pique todos los navíos enemigos. La duquesa, que iba á bordo de la capitana francesa, se salvaba milagrosamente montada en un delfín, y nosotros caíamos junto á ella.

—¡Hermoso sueño!—exclamó Revoredo.

—Entonces ella, que veía que nos íbamos hundiéndose, exclamó: «—¡No temáis!» Y con un gesto sublime nos arrojó un magnífico par de calabazas para que nos sostuviéramos.

Nublóse la frente del oficial, y, mirando á D. Serapio, repuso:

—Un nadador como yo no necesita de eso. Ade-

más, soy hombre para perecer antes que deber la vida á un mezquino sentimiento de compasión.

La duquesa notó el calor con que se expresaba el oficial y dijo:

—Si nunca os viereis en peligro de muerte, creed, caballero, que no os había de salvar como ha soñado D. Serapio.

—Señora,—repuso Revoredo;—tengo por tan eficaz vuestra hermosura, que me bastaría una sola mirada vuestra para retirarme del abismo, á manera de hierro atraído por poderoso imán.

Cesó la conversación, chocándole mucho á D. Serapio la especie de disgusto que había demostrado el oficial al oírle hablar de las calabazas, determinando vivir en lo sucesivo sobre aviso.

X

La *Gaviota* abandonó al poco tiempo el fondeadero de Tarifa, llevando á bordo á los dos viajeros. La navegación no ofreció la menor novedad, y al anocheecer fondeaba el cañonero en la bahía gaditana, saltando en tierra los dos pasajeros acompañados del marino.

—Señora,—exclamó Revoredo;—¿me será permitido alguna vez presentarme en vuestra casa por si en algo puedo servirlos?

—Siempre seréis bien recibido, caballero,—replicó la duquesa,—aunque poco podrá molestaros en lo sucesivo quien, como yo, ha hecho voto de entrar en un convento.

—¡Vos! ¿En un convento?

—Estoy resuelta.

El oficial se despidió consternado, y la duquesa se dirigió á casa la condesa de Torrenegra, la no menos terrible Locusta de la Venta del Cuervo.

XI

Brianda y Leonor se conocían desde la infancia y se habían profesado siempre estrecha amistad. Tal vez el recuerdo de la espantosa escena de la venta de Sierra Morena inspiró á la duquesa la venganza de Tarragona.

La viajera refirió á Brianda cuanto le había ocurrido desde que se había ausentado de Madrid, á consecuencia del duelo de Albenza con el marqués de la Flor del Valle, hasta la horrible muerte de su

esposo cuando la entrada del general Suchot en Tarragona.

Brianda no había dejado la sombría expresión que caracterizaba su hermoso semblante, parecido al de irresistible y aterradora esfinge. ¡Sublime sino el de aquellas dos mujeres! La una había cometido un crimen en venganza de su honor: la otra en venganza de su marido asesinado. La expiación había sido hicierta en uno y otro caso. Las dos amigas se estrecharon las manos y lloraron.

Eran dos bellezas enteramente opuestas, y, sin embargo, igualmente irresistibles. Brianda era morena, ardiente, pálida, de negros ojos y cenceño talle, al paso que Leonor era rubia, indolente, algo gruesa y parecida á las mujeres de Rubens ó el Ticiano.

Las dos viudas, cada una de por si, eran un tipo acabado de belleza ideal.

Harto conocedoras de sus corazones, hablaron de amor. Brianda se manifestó resuelta á entrar en un convento: Leonor lo mismo. Nadie era capaz de reemplazar á los dos esposos perdidos. Las dos mujeres eran, además de hermosas, aristócratas. El conde de Torrenegra había sido un héroe, Antonio Albenza un caballero.

Al poco tiempo todo quedó acordado: terminada la guerra entrarían las dos en las Salesas Reales.

Leonor no pudo resistir á las súplicas de Brianda y se hospedó en su casa.

Las dos amigas no se separaron ya un momento más.

Un día recibieron el anuncio de la visita de la brigadiera Espinosa.

—¿Espinosa se ha casado?—preguntó Leonor.

—Hace ya tiempo. ¡Verás qué mujer encontró! Una estrella, como su nombre.

—¿Y Méndez?

—También tiene una esposa incomparable, pero jamás se deja ver.

Brianda explicó largamente á Leonor toda la historia de una y otra, entrando en los menores detalles.

En esto penetró en el salón una encantadora dama, alta, esbelta, trigueña, con magníficos ojos negros.

—¡Estrella!—exclamó la condesa.

XII

Besáronse cariñosamente las dos amigas, dejándose comprender el mutuo afecto que se profesaban,

haciendo Brianda en seguida la presentación de Estrella á Leonor.

Estrella no pudo ocultar como cierto movimiento casi imperceptible de esquivéz. Brianda adivinó la causa, y, una vez sentadas las tres, dijo á Leonor:

—Estrella no sabe todavía que tú y yo lloramos de igual manera á nuestros maridos.

—¿Es viuda también esa señora?—preguntó con vivo interés Estrella.

Leonor no pudo contener las lágrimas que la embargaban y rompió en amargo llanto.

—Sí: los franceses hicieron sufrir largo martirio á su esposo en venganza de las altas heroicidades que llevó á cabo durante el sitio,—replicó Brianda.

—Así murió D. Antonio Albenza, en aras de la patria, en defensa de la ciudad que tanto le quería y en holocausto al sagrado deber de soldado español.

—¡Oh señora!—exclamó Estrella.—Viva simpatía me habéis inspirado desde el momento que os he visto; pero ahora, que sé la desgracia que os aflige, siento más que nunca por vos ia más vehemente estimación. Concededme, pues, vuestro afecto, como la prenda que me puede ser más cara, y no dudéis que nadie me excederá en admiraros y en ser vuestra mejor amiga. Bien sabía yo las nobles prendas que hacían de quien fué vuestro esposo un caballero de intachable reputación; pero su gloriosa muerte ha de aumentar más todavía el cariño que le profesaban sus leales amigos. ¡Digna y envidiable suerte la suya! Ha muerto en vuestros brazos, llorado por todos los buenos españoles y por los valerosos defensores de Tarragona. ¡Oh señora! Sirva la sangre en que se tiñeron vuestras manos de eterno motivo para no olvidar jamás quiénes fueron los asesinos que lo inmolaron; sirva también de infranqueable abismo para que jamás perdonéis á los que no le quisieron y le abandonaron.

Leonor miró á Estrella, y, comprendiendo el sentido que encerraban sus palabras, contestó:

—Señora: Albenza fué siempre digno de mí, y jamás, ni por un instante, titubeé en reconocerle como el más cumplido caballero y leal patriota. No porque

uno tenga en su familia una mujer traidora deja de ser lo que es. De Albenza sé decir que la conducta de su hermana no hizo más que enardecer sus sentimientos contra Francia, y, si yo conociese otra persona que se encontrase en su caso, ni por un momento sería capaz de desconfiar de ella, aunque fuese su propia madre una villana tráfuga.

Palideció Estrella, y bajando los ojos se enjugó una lágrima.

XIII

Reinó luego embarazoso silencio. Brianda miraba á una y otra de sus amigas, hasta que por fin exclamó:

—Gracias á Dios, ninguna de nosotras ha dado jamás entrada en su pecho á esa clase de sentimientos. Ninguna de nosotras puede dejar de tenerse por tan española como la que más, y hasta Leonor, y yo quizás, hemos llevado nuestra venganza más allá de lo que puede conceptuarse lícito. Estrella, tú has sido una heroína de valor, has demostrado en todas ocasiones un arrojo increíble, y por eso eres más digna de envidia que nosotras, antes vengadoras que heroínas.

—¿Y creéis que no he de vengarme yo también? Mucho tarda en acercarse el día; pero ya llegará el momento en que el castigo del cielo caiga sobre los culpables, realizado por mi mano.

Parecían entonces las tres como las *Erynnias* de Esquilo: de tal manera estaban encendidos sus semblantes por la violenta pasión del odio.

Miráronse en silencio. Leonor y Brianda, enlutadas, y Estrella, con un traje rojo, formaban un grupo que hubiera inmortalizado al pintor que lo hubiese trasladado al lienzo.

Despidióse Estrella, estrechando fuertemente la mano de la duquesa, y quedaron otra vez solas Brianda y Leonor.

—La más fuerte de las tres es ella,—dijo Brianda.

—¡Desdichada!—exclamó Leonor.—¡Terrible situación la de un corazón que desea destrozarse la dicha de una madre!



CAPÍTULO XXIV

Donde se verá cómo un buen marino puede también marearse

I

ESPINOSA y Méndez, sabedores de la llegada de Leonor, se apresuraron á visitar á la inconsolable viuda de su antiguo amigo.

El brigadier y el teniente coronel habían tomado parte en todas las acciones de guerra ocurridas en Andalucía desde que Blake se había separado de Wellington, después de la batalla de La Albuera, y se encontraban en Cádiz desde últimos de noviembre del año anterior, de vuelta de la gloriosa expedición de Ballesteros.

Espinosa y Estrella vivían tan felices como Méndez y Matilde: eran cuatro almas en una, cuatro corazones que latían siempre al unisono, cuatro temperamentos fundidos en uno solo. Habían surgido extrañas simpatías entre las dos mujeres, que excedieron en viveza á la honda amistad que unía desde su niñez á los dos intrépidos militares. Estrella y Matilde habían conocido ambas las duras privaciones de la miseria: la una había vivido como huérfana desde la niñez, y la otra desde hacía largos años. ¡Quién sabe si en el fondo no era Estrella tan artista como Matilde y Matilde tan capaz de arduos arrebatos como Estrella! Las circunstancias no habían exigido que se verificase esta demostración; pero era de creer que, si algún día llegaba la ocasión, ambas apareciesen perfectamente acordes en sus instintos y aptitudes.

Contrastaba hasta lo más extremado el carácter de su belleza. Rubia, escultural, olímpica é indolente Matilde: delgada, alta, cenceña y cimbreadora como una palmera Estrella. Empero había en sus ojos igual expresión y querían á sus maridos con no desigual pasión impetuosa. Fácil es decirlo, y baladí el concepto; pero es seguro que ni Estrella ni Matilde hubieran podido sobrevivir á la muerte de sus maridos. No decimos á una infidelidad porque Espinosa y Méndez no podían cometer jamás la más insignificante falta en ningún terreno.

II

Después de la visita en la cual Estrella se encontró con Leonor, la esposa del brigadier fué á ver á Matilde y le contó lo ocurrido. Las dos mujeres no tuvieron más que una sola palabra para juzgar á la duquesa, considerándola como la más sublime de las mujeres y disponiéndose á reverenciarla más que á tratarla de igual á igual.

—¡Si vieses cuán hermosa es!—exclamaba Estrella.—No hay hombre que ante su belleza no se sienta poseído de inefable admiración.

—Amó á su esposo tanto como nosotras,—repuso Matilde.

—Y de ello ha dado hartas pruebas,—replicó la

brigadiera, contando la espantosa cena de Tarragona.

Por su parte Brianda y Leonor vivían profundamente retiradas, sin tratarse absolutamente con ninguno de los numerosos personajes de ambos sexos que por entonces se albergaban en la ciudad de Alcides.

III

Un día Espinosa se encontró sorprendido al recibir una orden en que se le prevenía que en lo sucesivo tendría á sus inmediatas órdenes al teniente de navío D. Francisco Revoredo, en atención á próximas operaciones que debían verificarse en combinación con la marina.

El joven se presentó el mismo día al brigadier, el cual había renunciado á tener ayudante desde que se encontraba en Cádiz.

Espinosa quedó contento de su nuevo subordinado y éste demostró ser tan inteligente como activo.

Un día, el 18 de marzo de 1812, el brigadier le dió un extraordinario recado.

—Revoredo,—le dijo;—vaya V. á casa de la señora condesa de Torrenegra y diga V. de mi parte que si quieren mañana asistir, ella y la duquesa, á la ceremonia de la jura de la Constitución, pueden disponer de esos billetes para la tribuna reservada.

El ayudante no se lo hizo repetir y corrió como una exhalación hasta la morada de la condesa.

Dijéronle que D.^a Brianda estaba en misa.

—Esperaré,—dijo el porfiado mensajero.

Entró en la sala y se sentó en un sillón, quedando sumido á poco tiempo como en un delicioso ensueño.

Creía, ya que no ver á la duquesa, percibir á lo menos el suave perfume de su presencia; creía á veces distinguir su flotante sombra en el aire, moverse el ambiente al influjo de sus movimientos y surgir del suelo la imagen de su huella; imaginaba que había dejado algo de su ser en cada uno de los objetos de la estancia, que aun permanecía reflejado su rostro en los espejos, que aun conservaba la alfombra la señal de su paso, y que no había desaparecido completamente del espacio el eco de su voz. Tanta ilusión había acabado por adormecerle, como un fumador de opio bajo la influencia del humo del *narghilé*, y se encontraba divinamente mecido por la esperanza y la alucinación,

IV

De pronto vino á sacarle de sus fantaseadores ensueños una aparición: una mujer.

Era la duquesa, que atravesaba el salón sin saber que hubiese allí nadie.

Revoredo se levantó como fascinado.

Reconocióle al punto la bella y le miró con no disimulado asombro.

—¡Duquesa!—exclamó el joven oficial.—He venido con un recado para la señora condesa de Torrenegra, y, como no ha de tardar en volver, según me han dicho, me he tomado la libertad de esperar aquí un momento.

Leonor hizo un signo al oficial para que no se moviera de su sitio y se sentó en el sofá, á su lado.

—Y ¿cómo no ha venido V. á verme, caballero, según me dijo que haría?—exclamó la hermosísima visión.

—¡Oh duquesa!—contestó el oficial.—No quería presentarme á V. de esta manera, sino que deseaba antes ganar algún título con que ser digno de que V. pudiese dirigirme la palabra, no por pura bondad, como ahora, sino como recompensa á una acción renombrada y honrosa.

—No es menester que añada V. nuevos timbres á los que ha alcanzado ya,—replicó Leonor.—Nadie mejor que yo puede estar convencida y cierta de su valor y abnegación.

—Gracias, duquesa; pero exagera V. grandemente mis hechos si da la menor importancia á lo que ocurrió cuando tuve el incomparable honor de conocer á V.

—Mucho fué lo que hizo V. entonces.

—Absolutamente nada, señora. Esto es lo que me desespera é irrita: que á mis años no haya podido todavía demostrar lo que tengo aquí.—(Y al decir esto señaló su corazón.)—¡La marina no ha sido feliz en esta guerra!

—Veo que es V. muy ambicioso,—repuso la duquesa.

—Más de lo que V. puede figurarse. Tan ambicioso soy que tendría á menos ser rey de España, vencer á Napoleón y descubrir, como Colón, un nuevo mundo si lograrse lo que es mi único anhelo.

—¿Tanto es?

—Y aun digo poco. Es como gozar del cielo en es-

ta vida terrenal, como participar de la belleza divina en este mundo perecedero; es más que ser noble, rico, feliz y envidiado.

—Pero tanta gloria ¿en qué estriba?

—Duquesa, ese es mi secreto. Si fuese V. á creer que iba yo á decirle á quién amo, se equivocaría V. grandemente. ¡Oh, no! Jamás lo revelaré: mis labios aunque el pecho se me deba hacer pedazos. Por eso anhelo que llegue pronto ocasión de poder acallar de un modo ú otro la angustia que me atormenta sin cesar; por eso me tarda que llegue el día en que salir al mar ó al campo y encontrarme en medio de una tempestad de fuego ó de agua, y allí saciarme de sentir, buscar la muerte y que ella se lleve de mis labios el adorado nombre. Una vez caído, ella sabrá que yo la amaba y que por ella he buscado en la muerte un motivo para que me recuerde alguna vez.

Leonor calló, pero todo lo había comprendido.

V

Revoredo estaba pálido. Era un joven de unos veinticinco años, algo parecido en lo físico á Antonio Albenza: despejada frente, rostro ovalado, negros ojos y gallarda figura, con expresión á la vez inteligente y apasionada, elegantes modales y voz insinuante y elocuente.

El marino no pudo reprimir un suspiro, Leonor bajó los ojos, y hubieran quedado ambos violentamente inmutados si no hubiese aparecido doña Brianda.

El oficial se levantó, y en breves palabras explicó el objeto de su visita.

—¿Quieres ir Leonor?—preguntó la condesa á su amiga.

—Sentiría en el alma no corresponder á la cortés invitación del brigadier,—contestó la duquesa.

—Diga V., pues, á D. Ricardo, que aceptamos gustosamente la oferta,—repuso la condesa.

—El brigadier Espinosa quedará á Vds. muy agradecido,—contestó Revoredo.

El pobre enamorado salió de la casa cual si hubiera debido bajar la escalera de Jacob después de haberse asomado á las puertas del cielo.

VI

La noticia de la jura de la Constitución llevó á Cádiz multitud de forasteros, procedentes de los

pueblos vecinos, así como numerosos voluntarios.

Espinosa recibió la mayor alegría al anunciarle su ayudante que quería verle el bizarro guerrillero de Ronda, D. Fernando Miranda.

Corrió el brigadier á la antesala, donde estaba su amigo, y se abrazaron los dos con tierna efusión.

El valiente partidario estaba más arrogante que nunca, más hermoso que en todos los días de su vida. Sentábase á las mil maravillas su traje de guerrillero rondeño, que hacía resaltar su varonil figura y curtido rostro.

—¿Conque tan entusiasta eres por las nuevas ideas que no has podido resistir al deseo de venir á presenciar la jura?—exclamó gozosamente Espinosa al abrazarle.

—Miranda no se permite nunca darse ningún gusto,—contestó el valiente voluntario.—Me traen por acá cosas de mayor importancia.

—¿Siempre conspirador?

—No: siempre sobre aviso. Hay quien está intrigando, y juguete de miserable mujerzuela, abriga infames designios.

—Sin duda te engañas, Fernando,—contestó Espinosa.—¿Quién es capaz de cometer ninguna felonía entre los que ocupan el poder?

—Las Cortes han hecho una elección desacertadísima al nombrar la nueva Regencia. Para cometer tal disparate no había que estarse encerrados veinticuatro horas y darse aires de cónclave. No niego que conviniese reemplazar á Blake, aunque no fuese más que para librarnos de semejante *rigor de las desdichas*; pero ha sido altamente impolítico no confirmar en sus cargos á Ciscar y á Agar. Eso de que no eran bastante capaces es una pura necedad.

—No sé qué escrúpulos pueden despertar en nadie los recién elegidos. El duque del Infantado, los generales conde de La Bisbal y Villavicencio, y los Sres. Mosquera y Rivas, creo son todas unas excelentes personas.

—El duque del Infantado no me inspira confianza: en esta parte soy del parecer de Argüelles. Villavicencio no es liberal, Mosquera es un tipo. En cuanto á O'Donnell, temo que habrá de ocasionar más de un grave disgusto.

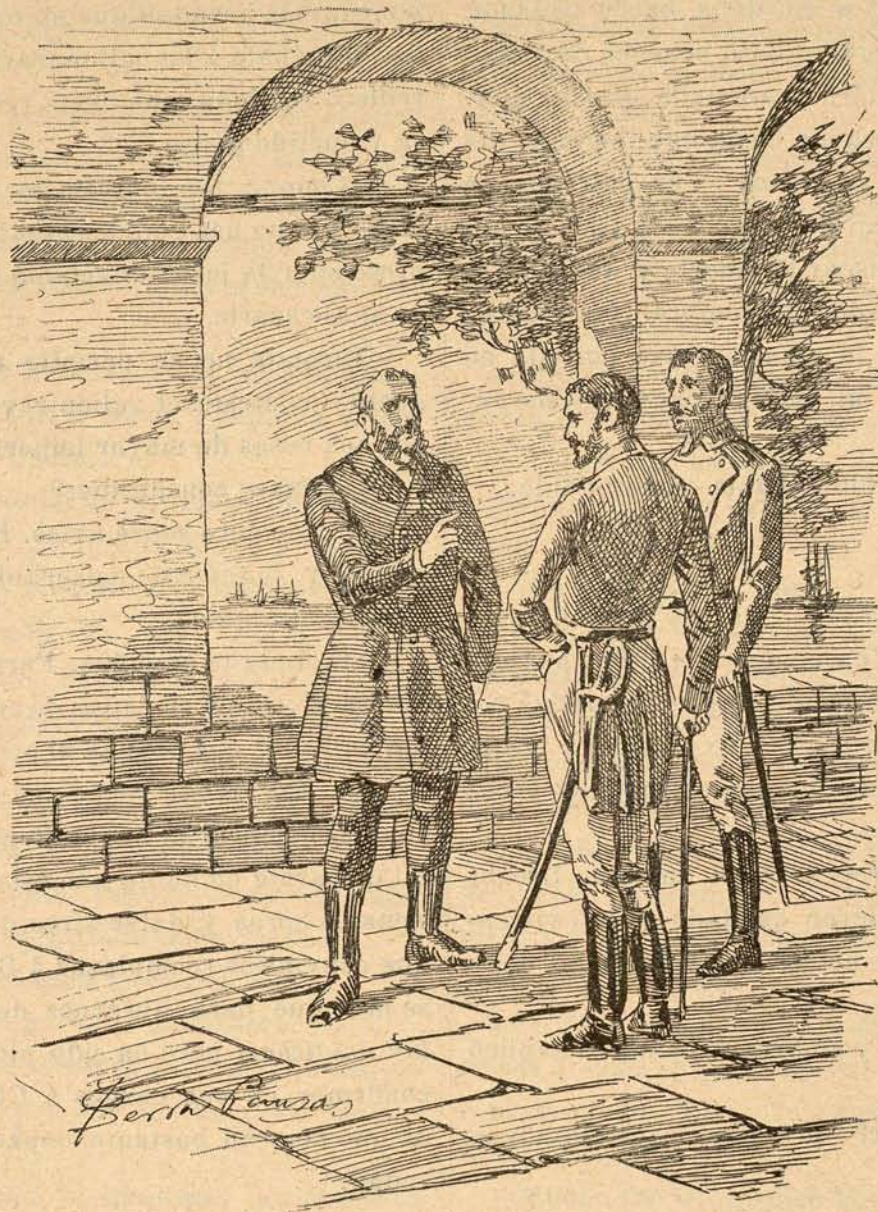
—No tiene nada que ver que el duque del Infantado haya sido infortunado como general, siendo, como es, un patriota á toda prueba. Además, no ha

tomado posesión todavía, pues sigue de embajador en Londres.

—El duque del Infantado está funestamente sometido al influjo de una espía francesa. José siembra el dinero para ganar partidarios entre los diputados que hay aquí. El ministro N*** está vendido

en cuerpo y alma á Napoleón. Todas las provincias están trabajadas por emisarios y hay que vigilar incesantemente.

No hizo gran caso Espinosa de los temores de Miranda, creyéndolos nacidos de su idiosincracia de conspirador; pero no conspiraba por entonces Mi-



—El duque del Infantado no me inspira confianza...

randa ni pertenecía á ninguna sociedad secreta, puesto que todas las que existían á la sazón en España las habían fundado los franceses, dominando en ellas más bien las corrientes favorables al intruso que no á los defensores de la patria. No: las noticias de Miranda procedían de Inglaterra y de Madrid, y eran fundadísimas.

VII

En esto empezaba á susurrarse que no tardaría

en estallar la guerra entre Francia y Rusia, lo cual no podía menos de influir favorablemente en el sesgo que tomaría la campaña de la Península.

Á últimos de marzo presentóse en Cádiz un ruso con una misión reservada. Vió á varios diputados y luego se avistó con Espinosa.

Larga fué la conferencia que celebraron, y después de ella el ruso se dirigió á la Serranía de Ronda en busca de Miranda, encontrándole, por fin, en lo más intrineado de aquellos montes.

—Caballero,—dijo al jefe de la partida;—mi país va á verse otra vez envuelto en una guerra con el déspota de Europa. Si hasta ahora ha sido lo corriente el decidir una campaña ganando una batalla, el ejemplo de España ha hecho comprender que debe prolongarse la resistencia, convirtiéndose en guerra nacional la que antes sólo corría á cuenta de los ejércitos. Os invito, pues, en nombre del emperador Alejandro, á pasar á Rusia con el empleo de general, al objeto de organizar las guerrillas y asesorar á los generales moscovitas en las operaciones propias del nuevo sistema que va á emplearse. El brigadier Espinosa, á quien primeramente me habían dirigido, me ha manifestado que nadie tan competente como vos para este objeto. Al separaros del lado de vuestros guerrilleros no por eso dejaréis de servir la causa de vuestra nación, pues del buen éxito de nuestra guerra depende en gran parte la caída del usurpador.

Miranda pidió algún tiempo para reflexionar, dirigióse á Cádiz en compañía del ruso para ver á Espinosa, y en la entrevista que los tres tuvieron quedó acordada clara y terminantemente la aceptación.

VIII

Al ir á retirarse Miranda y Teglew, que así se llamaba el emisario, de casa de Espinosa, el teniente Revoredo les suplicó se detuvieran un momento.

—¡Mi brigadier!—exclamó.—Suplico á V. S. me conceda un favor, que encarecidamente le pido.

—Diga V., amigo mío,—contestó Espinosa.—Bien sabe V. que tendré en todas ocasiones el mayor gusto en complacerle.

—¡Gracias, mi brigadier!—repuso el joven.—Quisiera, pues, que, si el comandante Miranda no tiene inconveniente en ello, me concediera V. S. licencia para pasar con él al servicio de Rusia.

Sorprendido Espinosa, pero sin preguntarle el motivo que le inducía á tan extraña determinación, le contestó:

—Aunque sentiré en el alma que la nación deje de contar con tan valiente oficial como es V., accedo de buena gana á lo que V. me pide. ¡Miranda!

El guerrillero se acercó.

—Ahí tienes á un joven de todas prendas que de-

searía marchar contigo. Si no hay inconveniente en ello, te ruego aceptes sus servicios, pues arde en deseos de participar de la gloria que vas á adquirir en la próxima guerra.

—Con mil amores, joven,—contestó Miranda.—Dispóngalo V. todo y mañana por la tarde nos daremos á la vela.

Revoredo saludó militarmente á su nuevo jefe y pareció respirar con más libertad que antes.

IX

Al día siguiente fué á despedirse de la duquesa, á cuyo efecto se presentó en casa de la condesa de Torrenegra.

Así que le hubieron anunciado, salió Leonor á recibirle, acogióle con marcadas muestras de afectuosa amistad.

—¡Duquesa!—exclamó Revoredo.—Vengo á recibir órdenes de V. antes de emprender un largo viaje. El estado de mi ánimo no me permite continuar en Cádiz, ni aun en parte alguna de la Península. Hay una idea que me atormenta y me priva de toda otra aspiración. Ofrécese ocasión ahora de hallar una distracción á mi amargura en la guerra que va á estallar próximamente entre Rusia y Francia. El comandante Miranda marcha allí, encargado de organizar la resistencia de los pueblos, y yo le sigo. ¡Quiera Dios pueda adquirir en tal empresa toda la gloria que ambiciono para presentarme de nuevo ante V. con la conciencia de mi valer!

—Señor oficial,—contestó Leonor,—¿acaso no hay en España sitio donde recoger esos laureles que V. desea, no sé para qué, pues á todos constan su hidalguía y valor?

—Señora,—repuso Revoredo,—quiero estar frente á frente con Napoleón en persona y habérmelas con alguno de su séquito; pero, además, crea V. que hay en España algo que se opone á que mis facultades se desplieguen en todo su poder. Aquí estoy siempre como preocupado por tenaz idea: asáltanme á cada instante negros pensamientos y me siento cohibido y triste. Creería que, si hiciera algo que valiese la pena, no se atribuyese á interesadas miras y á egoístas deseos. Allí podré ser valiente sin que nadie pueda sospechar por qué lo soy. Una vez concluída la guerra volveré, y entonces tendré derecho á decir lo que ahora no quiero revelar. Sólo una

cosa suplico á V., señora, y es que no tome V. el velo antes de que otra vez la vea á V. No sea V. tan cruel que pueda privarme de contemplarla una vez aun en libertad.

—Caballero,—replicó Leonor,—extraña me parece su petición y no sé si podré atenderla, aunque me pese no poder complacerle á V.

—Duquesa, nada le costará á V. pasar un año antes de entrar en el convento. No he de apelar, por desgracia, á su gratitud para obligarla á V. á tal demora; pero sí apelo á su bondadoso corazón.

—Sea,—respondió la duquesa.—Á la vuelta me encontrará V. aquí, si es que no muero antes.

—Señora, no será, gracias al cielo. En cuanto á mí, si tuviera la desgracia de perder la vida en esa expedición, haré por que llegue á su noticia de V. para que me encomiende á Dios. Sabiendo que ocuparé un lugar en sus recuerdos, moriré feliz. Señora, disponga V. siempre de mí.

—El cielo le acompañe á V., amigo mío,—contestó Leonor,—y le conceda la realización de todos sus deseos.

La partida del oficial dejó á Leonor más triste de lo que ella se figuraba, llegando hasta á escapársele una lágrima, de que sintió como un remordimiento.

En cuanto á Revoredo, salió singularmente animado y contento, ostentando en su pecho una flor que había arrancado de una maceta que estaba en el balcón de la sala, la cual había visto regar algunas veces por Leonor. Era un hermoso pensamiento tricolor, de aterciopelados pétalos.

Por la tarde dióse á la vela la fragata que había de conducirlos al Norte.

Revoredo vió desde cubierta una mujer que miraba desde la muralla la partida del buque.

El oficial creyó soñar. ¡Aquella mujer era Leonor!

Sacó un pañuelo blanco y lo agitó: la mujer sacó otro y lo agitó también.

Apoyado en la mura del barco, estuvo largo rato mirando á la duquesa, hasta que todo desapareció. Al volver en sí de la emoción que había experimentado no se veía más que el cielo arriba y el mar á los pies.

X

ducido á Revoredo á tomar la violenta determinación de abandonar á España.

El joven comprendía que para llegar hasta la duquesa le hacía falta ostentar otros títulos que el de simple oficial, y así aspiraba á mucho más, creyendo que lo podría obtener en Rusia más fácilmente que en España. No porque el marino no fuese asaz bizarro para conquistar gloria y honores; pero necesitaba para eso otras condiciones que no tenía: aborrecía la intriga y el favoritismo y jamás hubiera sabido mendigar una recomendación. No que muchos generales entonces muy de viso no hubiesen ganado leal y bizarramente sus grados; pero había una porción que, cual ha sucedido escandalosamente después, más bien los debían á manejos de la política que á su propio mérito.

Al recalar el barco en Gijón tuvieron noticias de los últimos acontecimientos ocurridos en el centro y norte de España por aquel entonces. La traición del *Manco*, segundo del *Empecinado*, que, después de haber intentado entregar la partida á los franceses, de cuya emboscada se libró D. Juan Martín echándose á rodar por un despeñadero abajo, había levantado guerrillas tituladas de *Contra-Empecinados*; la entrada en Cuenca del valiente jefe ya nombrado, derrotando al infame que lo había vendido; las proezas de Villacampa, escarmentando á Palombini y Panetier; la toma de Soria y Tudela, por Durán; la evacuación de Asturias; el brillante comportamiento de D. Gabriel de Mendizábal, que tenía estrechados á los franceses dentro de la misma Burgos; las hazañas del invencible y afortunado Porlier; las correrías de Renovales, *el Pastor* y Longa, y las terribles represalias del cura Merino.

Efectivamente, enojados los franceses con las Juntas de las Vascongadas y norte de Castilla por lo mucho que fomentaban y atendían á las guerrillas y cuerpos francos, habían logrado sorprender, á mediados de marzo, en el pueblo de Grado, á los vocales de Burgos D. Pedro Gordo, D. José Ortiz Covarrubias, D. Eulogio Muro y D. José Navas, con algunos dependientes suyos, trasladándolos de allí á Soria, donde fueron barbaramente fusilados y colgados luego sus cadáveres en los dogales de una horca. No miraban los napoleónicos que Merino tenía 110 prisioneros en su poder y que les podía costar muy cara su bárbara conducta. Así fué, en efecto. Merino dió orden de que fuesen pasados por las ar-

Leonor adivinó al punto el motivo que había in-

mas veinte franceses por cada vocal, y los otros treinta en represalias de las otras ejecuciones. «Tal retorno tiene la violenta saña,» dice Toreno en su clásico estilo.

Indudablemente el 7.º ejército, que mandaba Mendizábal, era el más temible para los franceses; pues, además de Porlier y Renovales, pertenecía á él don Francisco Espoz y Mina. Dignos eran, respectivamente, el uno de mandarlos y los otros de ser mandados. Allí estaban los mayores héroes, los jefes populares, el ardor verdaderamente nacional. Si bravo era Mendizábal, no lo eran menos los gloriosos Porlier y Mina, nombres que todo buen español debe pronunciar con orgullo y gratitud.

XI

El 11 de enero de 1812, estando presente Mendizábal, Mina derrotó completamente en Sangüesa al general Abbé, cogiéndole 2 cañones y 400 prisioneros, logrando escaparse Abbé gracias á la oscuridad de la noche, pues estaba enteramente envuelto.

El 9 de abril sorprendió y se apoderó por segunda vez de otro convoy en Arlabán, á pesar de que, escarmentados los franceses con lo ocurrido anteriormente, habían levantado allí un castillo, guarnecido fuertemente y armado con 4 cañones. Mina hizo 15 leguas de marcha en un día, y, cuando se le creía en el Alto Aragón, apareció de improviso en Arlabán. Los españoles formaron un círculo que rodeó todo el convoy, escoltado por 2,000 hombres, y atacaron á la bayoneta. Al cabo de una hora, 600 de ellos quedaban tendidos en el campo de batalla, cayendo en poder de Mina 150 prisioneros, un rico botín, dos banderas y la correspondencia de José á Napoleón, muriendo de un sablazo el portador de ella, M. Deslandes, secretario del rey intruso. Cinco niños que no supieron dar razón de quiénes fuesen sus padres, fueron enviados por Mina á Vitoria, diciendo en su parte al Gobierno estas sentidas palabras: «Estos angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi división todos los sentimientos de compasión y cariño que dictan la religión, la humanidad, edad tan tierna y suerte tan desventurada. Los niños, por su candor, tienen sobre mi alma el mayor ascendiente y son la única fuerza que imprime y amolda el corazón guerrero de Cruchaga» (su segundo).

Así se conducían nuestros guerrilleros.

Después de Arlabán regresó Mina á Aragón, estando á punto de ser hecho prisionero en Robres. En terrible apuro se encontró allí el bizarrísimo guerrillero, defendiéndose en la puerta de la casa en que se alojaba con una tranca, por no tener otra arma, hasta que, acudiendo en su auxilio su bravo y fiel asistente Luis, y llamando éste á otros compañeros, pudieron escapar casi milagrosamente de manos del enemigo.]

Pero no sólo se portaba Mina como un héroe homérico, sino que daba pruebas de entender tanto en administración como en armas. Figuraban en su cuartel general todas las autoridades propias de un país bien regido, funcionando en los pueblos en que entraban. El país acataba aquellos jueces, administradores, comisarios, recaudadores y demás funcionarios trashumantes, sabiendo que Mina tenía malas pulgas y que no había que jugar con él. A tanto llegó su poderosa iniciativa que estableció hasta derechos de aduana en la frontera, ajustando un convenio con los franceses, en virtud del cual unos y otros beligerantes nombraron cada uno un comisariado, recaudando juntos y distribuyendo entre ambas partes los derechos devengados por las mercancías que entraban y salían. De este modo ganaban españoles y franceses y quedaba expedito el comercio.

Las guerrillas hacían un daño inmenso á los franceses, y así lo reconocía lord Wellington, que, en una parte dado por aquellos días, escribía con su acostumbrado verídico lenguaje, severo y frío: «Las guerrillas obran muy activamente en todas las partes de España y han sido felices muchas de sus últimas empresas contra el enemigo.» Semejante testimonio, viniendo del futuro vencedor de Waterloo, es el mejor elogio del sistema de guerra empleado preferentemente por los españoles en aquella época.

Miranda y Revoredo se sintieron poseídos de gozo y entusiasmo al recibo de tan faustas noticias, y al finalizar abril prosiguieron su navegación con rumbo á Inglaterra, viendo de lejos las costas francesas, doblando la Bretaña y cruzando el canal de la Mancha. Después de una corta permanencia en Londres, sortearon los difíciles pasos del Báltico y entraron finalmente en el golfo de Riga, en cuyo puerto desembarcaron en los comienzos de junio de aquel año, 1812, tan funesto á Napoleón I.